

LA UNIVERSIDAD

ORGANO DEL INSTITUTO NACIONAL DEL MISMO NOMBRE.

SERIE V.

San Salvador, julio de 1895.

NUMERO 11.

Director y editor responsable,

Víctor Jerez

SECCIÓN UNIVERSITARIA.

ACTAS DEL CONSEJO DE INSTRUCCION PUBLICA.

NOVENA SESIÓN del Consejo de Instrucción Pública, celebrada á las nueve de la mañana del día 27 de marzo de mil ochocientos noventa y cinco

Concurrieron los señores Rector doctor Bonilla, Consejeros, Suárez y Sánchez, Fiscal Avalos y el infrascrito Secretario.

Leída el acta de la sesión anterior y discutida fue aprobada.

Se dió cuenta:

1º Del acuerdo ministerial en que se nombran los escribientes de la Secretaría de la Universidad.

2º Del acuerdo en que se permite á don Alfonso Quiñones estudiar en el corriente año la asignatura de Clínica Médica, en vez de Clínica Quirúrgica, que estudiará en el curso siguiente.

Habiendo llenado los requisitos legales se declaró incorporado en esta Universidad á don Rafael Pineda Montt (h), abogado de la Escuela de Derecho de Guatemala.

Se dió lectura á la comunicación del doctor don Honorato Vargas, en que manifiesta que acepta el cargo de Sub-Decano de la Junta Directiva de Jurisprudencia.

Se aprobó el nombramiento de Catedrático de Pequeña Cirujía, recaído en el doctor don Nicolás Aguilar.

Se nombró Catedrático interino de Código de Comercio al doctor don Francisco Martínez Suárez.

Se dió lectura á la solicitud del Profesor de Derecho Romano y Código de Agricultura, doctor don Emilio González, sobre que se le conceda un mes de licencia con goce de sueldo; y se resolvió conceder dicha licencia, elevando la solicitud al Ministerio de Instrucción Pública, para lo relativo al goce de sueldo.

No habiendo más de qué tratar se levantó la sesión.

Carlos Bonilla.

Víctor Jerez, Srio.

DÉCIMA SESIÓN del Consejo de Instrucción Pública, celebrada á las nueve de la mañana del día diez y seis de mayo de mil ochocientos noventa y cinco.

Concurrieron los señores Rector doctor Bonilla, Consejeros

Martínez Suárez, Sánchez y el infrascrito Secretario.

Leída el acta de la sesión anterior y discutida fue aprobada.

Se dió cuenta:

1º Del acuerdo ministerial en que se conceden seis meses de licencia al Catedrático de Derecho Romano y Código de Agricultura, doctor don Emilio González.

2º Del acuerdo en que se declara válido el estudio de Código de Comercio que hizo el Br. don Ignacio J. Morales bajo la dirección del Dr. don Francisco Chávez.

3º Del acuerdo en que se concede autorización al Br. don Víctor M. Miranda para examinarse en las materias del sexto curso de la facultad de Jurisprudencia, que cursó bajo la dirección del doctor don Manuel E. Miranda.

4º De la comunicación oficial en que el Ministerio de Instrucción Pública manifiesta: que se ha aceptado la renuncia de la cátedra de Códigos Penal, Militar y de Minería, al doctor don Hermógenes Alvarado, y pide al Consejo que proponga la terna de ley.

5º Del acuerdo supremo en que se permite al señor don Santiago L. Hernández hacer el estudio de Patología General, con un catedrático privado, que designe el Consejo.

Habiéndose concedido licencia por seis meses al Catedrático de Derecho Romano, doctor don Emilio González, se nombró interinamente en su lugar al doctor don Belisario U. Suárez.

Se aprobó el nombramiento de Catedrático interino de Códigos Penal, Militar y de Minería, recaído en el doctor don Teodosio Carranza; y se acordó pedir á la Junta Directiva de Jurisprudeucia, la sexta que determinan los Estatutos.

Habiendo renunciado el doctor don Napoleón Díaz la Cátedra de Anatomía Patológica y Bacteriología, se acordó elevar dicha renuncia al Ministerio respectivo, para lo que estime á bien resolver.

En la solicitud de varios estudiantes del tercer curso de Medicina, sobre que se les permita en el corriente año hacer el estudio de Clínica Quirúrgica en vez del de Clínica Médica, que les corresponde según el Plan de estudios del año de 1891 el cual es el que les rige, se acordó: informar al Ministerio respectivo, que el Consejo estima conveniente la modificación solicitada.

En la solicitud presentada por don Juan María Villatoro, como encargado del doctor don Tiburcio Villatoro, sobre que se reponga á éste su título de Médico y Cirujano, dispensándole los derechos que fija el arancel universitario, se resolvió ordenar la reposición, declarando sin lugar la dispensa solicitada.

En virtud de lo acordado por el Ministerio de Instrucción Pública en la solicitud de don Santiago L. Hernández, se nombró Profesor de Patología General al doctor don Fidel A. Novoa.

Se dispuso que la Secretaría

excite á los señores profesores de la Universidad, para que envíen sus trabajos á fin de organizar las conferencias públicas, y para que designen los alumnos que deben sostener los actos públicos de ley.

A moción del Consejero Martínez Suárez se dispuso abrir un concurso entre los académicos de esta Universidad, para escribir un Tratado de Derecho Administrativo y un Estudio sobre la flora nacional, encargándose al doctor Martínez S. y al infrascrito Secretario para elaborar las bases del concurso á fin de discutirlo en la próxima sesión.

No habiendo más de qué tratar se levantó la sesión.

Carlos Bonilla.

Victor Jerez, Srio.

Palacio del Ejecutivo:
San Salvador, mayo 18 de 1895.

Señor Rector de la Universidad.

P.

“Vista la solicitud que ha presentado el Br. P. don José Jurado, relativa á que se le permita verificar los exámenes del 7º curso de Jurisprudencia en cualquier tiempo del presente año escolar; oído el dictamen favorable del señor Rector de la Universidad y estimando justas las razones que aduce el solicitante, el Poder Ejecutivo ACUERDA: de conformidad.”

Lo que trascibo á U. para su conocimiento y efectos suscribiéndome su atento servidor.

J. Castellanos.

Palacio del Ejecutivo:
San Salvador, mayo 21 de 1895.

Señor Rector de la Universidad.

P.

Hoy se acordó lo siguiente:

“Vista la solicitud que han presentado los alumnos del tercer curso de la Facultad de Medicina y Cirujía de la Universidad Nacional, relativa á que se les permita estudiar durante el presente año escolar la asignatura de Clínica Quirúrgica, en lugar de Clínica Médica, la que dejarán para el año próximo entrante; oído el dictamen favorable del Consejo de Instrucción Pública y estimando justas las razones que aducen los solicitantes, el Poder Ejecutivo ACUERDA: de conformidad.”

Lo que trascibo á U. para su conocimiento y efectos suscribiéndome su atento servidor.

J. Castellanos.

Palacio del Ejecutivo:
San Salvador, mayo 21 de 1895.

Vista la renuncia que ha presentado el doctor don Napoleón Díaz, de la Cátedra de Anatomía Patológica y Bacteriología, de la Universidad Nacional; y estimando justos los motivos en que la funda, el Poder Ejecutivo ACUERDA: admitirla, dándole las gracias por los servicios que ha prestado, y excitar al Consejo de Instrucción Pública para que se sirva proponer la terna respectiva.—Comuníquese.

(Rubricado por el señor Presidente)

El Secretario del Ramo,
Castellanos.

Palacio del Ejecutivo:
San Salvador, mayo 27 de 1895.

Vista la renuncia que ha presentado el doctor don Manuel Marfo-roll, de la Cátedra de Anatomía

Descriptiva de la Universidad Nacional; y estimando justos los motivos en que la funda ACUERDA: admitírsela, dándole las gracias por los servicios que ha prestado; y excitar al Consejo de Instrucción Pública para que se sirva proponer la terna respectiva.—Comuníquese.

(Rubricado por el señor Presidente)

El Secretario del Ramo,
Castellanos.

Palacio del Ejecutivo:
San Salvador, junio 1º de 1895.

Vista la renuncia que ha presentado el doctor don Fidel Antonio Novoa, de la Cátedra de Historia Natural é Higiene, de la Universidad; y estimando justos los motivos en que la funda, el Poder Ejecutivo ACUERDA: admitírsela, dándole las gracias por los servicios que ha prestado; y excítase al Consejo de Instrucción Pública para que se sirva proponer la terna respectiva.—Comuníquese.

(Rubricado por el señor Presidente)

El Secretario del Ramo,
Castellanos.

NECROLOGIA

El día veinticuatro del mes próximo pasado falleció en esta ciudad el señor doctor don Emilio González, antiguo Profesor de Derecho Romano de la Universidad Nacional.

El doctor González prestó muchos servicios al país: fue Secretario de la Universidad, Registrador de la Propiedad Raíz, Catedrático del Instituto Nacional y á la época de su fallecimiento desempeñaba, á satisfacción general, la cátedra de

Derecho Romano y Código de Agricultura.

Poco tiempo después de haber terminado sus estudios profesionales, el doctor González fue nombrado Juez de 1ª Instancia de esta capital, y vive está el recuerdo de que jamás se apartó del cumplimiento de su deber.

Sólo en raras ocasiones ejerció su honrosa profesión, más se consagró á la enseñanza, y entre nuestra juventud hay muchos académicos, para quienes el doctor González fue cariñoso maestro y decidido protector. Su clara inteligencia, su consagración al estudio, y sobre todo las raras prendas de un carácter siempre afable y dispuesto al bien, le captaron la simpatía y el aprecio de cuantos lo conocieron.

El señor Rector de la Universidad Nacional, doctor don Carlos Bonilla, presidió el duelo, y á nombre del Honorable Consejo de Instrucción Pública invitó para la inhumación.

A las ocho y media del veinticinco del mes próximo pasado se verificaron las honras fúnebres del doctor González. Una escogida concurrencia asistió al entierro, y en el Cementerio hicieron uso de la palabra el doctor don Alberto Sánchez, quien leyó el discurso elaborado por el doctor Barberena, en representación del H. Consejo de Instrucción Pública, el doctor don Teodoro Araujo y el Br. don Alonso Reyes G., este último á nombre de la Sociedad de Jurisprudencia, los trabajos de dichos

señores los publicamos en el presente número.

Enviamos á la familia del doctor González la expresión de nuestra condolencia.

DISCURSO

DEL

Dr. Dn. Santiago I. Barverena.

Señores:

Embargado de profunda pena tanto por el motivo que aquí nos ha congregado, como por mi insuficiencia para llenar debidamente la comisión que el Consejo de Instrucción Pública se ha servido encomendarme, voy á decirnos unas pocas palabras en memoria del que fue nuestro apreciable y querido colega, doctor don Emilio González.

Hijo de un antiguo pedagogo, que consagró su larga vida al cultivo de las letras y á la enseñanza de la juventud, y hermano menor del aventajado doctor don Darío González, tuvo Emilio oportunidad, desde muy niño, de recibir una amplia y bien dirigida educación artística, científica y literaria, la que más tarde le sirvió de poderosa base para obtener con brillo el título de Doctor en Jurisprudencia.

Ha dejado varios notables cuadros debidos á su inspirado pincel y no pocos trabajos científico-literarios, que prueban su exquisito gusto y elevado criterio.

Durante varios años se ocupó del Magisterio en la Universidad é Instituto Nacionales: en la primera desempeñó la Cátedra de Derecho Romano, en cuyo importante estudio era uno de nuestros pocos especialistas, y en el segundo centro de enseñanza tuvo á su cargo la clase de Gramática Castellana; ambas cátedras las desempeñó con general aplauso, siendo á la vez muy estimado por todos sus discípulos.

Su carácter moderado y eminentemente conciliador, le alejó siempre del estruendo del foro; salvo cuando por razones filantrópicas se veía precisado á hacer uso de sus conocimientos jurídicos, en pro de la inocencia y de la justicia.

Corazón noble y sano, fue siempre amigo consecuente y desinteresado, sumamente querido por cuantos tuvieron la fortuna de captarse su intimidad.

No dudemos que su espíritu al remontar el vuelo ha encontrado en otro mundo mejor el galardón debido á la virtud y á la inteligencia.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL DOCTOR TEODORO ARAUJO.

Señores:

Venimos á este recinto, en donde está personificada de la manera más gráfica lo que es la humanidad, á depositar los

restos del que fue doctor don Emilio González.

El insigne colaborador en la magna obra de la instrucción, rindió tranquilamente su jornada, como la rinde todo aquel que lleva la satisfacción del deber cumplido.

En derredor de sus despojos sobresale el crespón funerario, que significa para sus amistades el imperecedero recuerdo de aquél cuya mano generosa estuvo siempre solícita para favorecer á todo el que lucha con la fuerza de las dificultades, á fin de llegar á la cima de una carrera profesional.

Si la muerte no es un mal cuando nos encuentra acompañados de la virtud, es el doctor González en quien se ve más realizada tan consoladora verdad.

La fortuna que casi siempre obedece á la fatalidad, le fue adversa en el discurso de su vida; pero la ley de las compensaciones le protegió, como protege á todo el que tiene por norte hacer el bien.

No seré yo, quien pueda hacer el bosquejo de su dilatado magisterio; solo sí sabré decirlos, que no solamente el tiempo es el que hace al maestro, sinó sus naturales disposiciones, por medio de las cuales salvando la repugnancia que la dedicación exige, convierte al discípulo en esclavo del adelanto. ¿Quién de los que tuvimos el honor de asistir á sus clases, no evoca con profundo cariño el estímulo que con suavidad inspiraba, para seguir

con más ahinco el intrincado sendero del estudio?

Sin embargo no fue el profesorado el ramo en que más se distinguió; también las artes pierden en el doctor González á uno de sus más inspirados ejecutores. — De su imaginación, siempre fecunda, pasaron al lienzo las más excelentes concepciones en que su pensamiento impulsado por la acción, hacía que la belleza revistiera magníficas formas.

Razón hay, pues, para que lamentemos su eterno desaparecimiento; más ya que la ley fatal de la naturaleza ha querido declinar sobre él su enorme peso, no podemos menos de acatar sus tremendos efectos y conservar para el bondadoso maestro, para el excelente amigo y para el honrado ciudadano, la corona de siempre-vivas con que se orna todo lo que emana como recuerdo último de la gratitud.

HE DICHO.

DISCURSO

DE

Don Alonso Reyes G.

Señores :

Por acuerdo de la Junta Directiva de la "Sociedad de Jurisprudencia," de esta capital, vengo — inmerecidamente — á rendir, en esta última jornada de la vida, el justo homenaje que la gratitud y el cariño deben á la memoria de los varo-

nes distinguidos cuando—por una ley extraña y fatal—vuelven al seno de nuestra madre común.

Llegó éste momento terrible para el doctor don Emilio González, y los estudiantes de Derecho no podemos, de ninguna manera, ser indiferentes á tan infausto suceso.

Todo lo contrario. Este acto espontáneo y desinteresado sirve de prueba evidente del afecto verdadero y de la profunda veneración, que viven en nosotros por los hechos de los laboriosos y constantes servidores de la patria.

La muerte del doctor González ha llenado nuestro ánimo de hondo pesar. Deja huérfanas nuestras inteligencias, porque fue uno de nuestros buenos padres intelectuales; de aquellos que dedican sincero amor á la juventud, y que jamás profanan, con acciones egoistas, el sacrosanto apostolado de la enseñanza.

Y hé aquí, señores, por que yo — venciendo mi natural timidez—me he decidido á subir á este augusto sitio para expresar, por la noble juventud que represento y por mí, con palabras sencillas,—como todo lo que nace de corazón ingénuo— el sentimiento, la tristeza que experimentamos por la muerte del hidalgo luchador cuyos despojos, encerrados en ese negro ataúd, nos permiten decirle adiós por la última vez.

El destino cruel hace presa de las almas hechas de bondad.

Ese espíritu que ha volado á

los espacios eternos de una mansión desconocida, cayó al golpe lento pero mortal de las contrariedades.

El sufrimiento continuo lo consumió; el desamparo, el desesperador martirio de la offandad, el frío puñal de la indiferencia, retorciéndose en sus entrañas, todo lo adverso, lo ha llevado, presto, á la perpetua quietud de la tumba.

El doctor González fue uno de esos infortunados que vienen al mundo en un momento trágico, cuando la naturaleza está de duelo, vestida de sombras.

Nació para ser la encarnación del dolor.

El sol de su esperanza se le ocultó tras espesa nube desde el amanecer de su existencia; y todo destello de felicidad que intentaba penetrar en su espíritu para disminuir el peso agobiador de sus intensas penas, era apagado al instante por fantástica é invisible mano.

Y en su alma generosa, una de tantas cualidades envidiables, la luz del porvenir no ardió.

Y en su alma grande, limpia de las brumas de la malicia, poseedora de tan bellos sentimientos, el sol de la felicidad no calentó.

Y en su alma de artista fiel, creada para amar con pasión á la juventud, no posó sus alas, ni un instante, esa mensajera esquiva y caprichosa que se llama: la fortuna.

Y en su alma ¡Ah, señores! en su alma se encerró con furia brutal el buitro

hambriento de la desgracia y, harto de toda una existencia querida, batió sus monstruosas alas, dejándonos á nosotros con los ojos humedecidos por las lágrimas que brotan de nuestros corazones apesarados.

En la vida del doctor González hubo un Calvario.

Expiró en la cruz del dolor.

Pero ahora, él debe sentirse ya rodeado de gloria inmortal, entre los ungidos con la corona resplandeciente de los benefactores.

Los fervientes ruegos de la juventud que lo amó tanto en vida, como lo venera hoy en su muerte, son porque esa alma, que ha sufrido en la tierra lo que no es dable decir, goce en el cielo, por siempre, de verdadera felicidad.

HE DICHO.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

SOBRE EL DISCURSO DE CICERÓN

En defensa de Aulo Licinio Archias

ARTICULO I.

Si hemos de buscar en los discursos de Cicerón uno que principalmente descubra su carácter oratorio, ninguno más á propósito que el pronunciado en defensa de Aulo Licinio Archias. Las vehementes acusaciones de Verres, Antonio y Catilina, donde vemos levantarse á incomparable altura el genio del orador latino, materia muy vasta nos suministran para admirar la fecundidad más prodigiosa de talento, y el arte

maravilloso de hacer cundir el interés por todos los asuntos que toca. Mas para conocer hasta donde llega el dón feliz de ver los objetos bajo mil bellas é importantes relaciones, es necesario ver á Cicerón enriqueciendo un discurso, que según la sencillez y limitación del hecho, debía ser muy estéril, con todas las ampliaciones de la razón analítica, con todas las galas de una variada imaginación y con los trasportes inefables de un entusiasmo sublime.

Si la importancia de la causa, si la extensión y dificultad del trabajo, si el carácter mismo del estilo no nos permiten colocar la defensa de Archias en el rango de aquellos empeñados y sublimes discursos que tanto esplendor y gloria derramaron sobre el foro de Roma; los primores que á cada paso admiramos en aquella producción literaria, nos hacen reconocer en ella al primer escritor latino, y confesar al mismo tiempo, como afirma Leclerc, que sólo el autor de *La Naturaleza de los Dioses* y de *Las Cuestiones Tusculanas* podía comunicar á un simple debate judicial la magnificencia y las gracias del estilo de Platón. Cier to es que las vastas miras de política y los conocimientos profundos sobre la ciencia del Estado que con tanta admiración descubrimos en la defensa de la Ley Manilia é impugnación de la Ley Agraria, no se anuncian lo mismo en el discurso de Archias; pero hay aquí,

atendida la menor importancia del asunto una igualdad completa en la parte que tiene más analogía con una discusión deliberativa. Tampoco se experimenta en esta lectura el entusiasmo que excitan las defensas de Cluencio y Milón por la fuerza de las pruebas, el examen filosófico de los hechos y la más feliz aplicación de las leyes; pero la elocuencia se eleva á toda la altura que permite la causa, y nuestro asombro crece á medida que contemplamos la dificultad suma de tratar bien un asunto tan pequeño.

Sobre todo, lo que hay aquí más digno de observarse es, que la elocuencia académica no puede ofrecer al paralelo ninguna obra más profundamente pensada, ni sentida con mayor entusiasmo, ni presentada con más ornato y magnificencia, que este discurso donde vemos, no tanto una defensa judicial, como el más cumplido y bello elogio que ha podido hacerse de la bella literatura.

Aulo Licinio Archias, natural de Antioquía, se inscribió en Heracléa con el objeto de obtener, como lo consiguió, el título de ciudadano romano; mas un acontecimiento casual vino á servir de pretexto á un tal Gracio para disputarle ante los jueces aquel importante y honroso derecho. Habíase incendiado en tiempo de la guerra social el archivo de Heracléa, y con él los registros públicos, circunstancia que no le permitía rendir la prueba auténtica

de su inscripción en aquella ciudad; pero como aún contaba con el testimonio de Lúculo, los registros de Metelo y otras razones que, si bien de conjetura las unas y de conveniencia las otras, eran todas bastante fuertes, encomendó á Cicerón su defensa. Este hombre, ligado con Archias por vínculos muy antiguos y muy gratos, y que veía en su causa la del genio y la poesía, no queriendo, á lo que parece, malograr una ocasión tan bella para desahogar sus sentimientos de gratitud, su amor á las letras y su pasión por la gloria, se presenta sin vacilar ante los jueces, y abre su alocución con un exordio magnífico y sobre manera notable por la delicadeza extraordinaria con que supo guardar en él todas las conveniencias oratorias.

“Si hay en mí algún talento, jueces, y yo siento cuán pequeño es; si tengo algún ejercicio en la oratoria, en que no niego estar medianamente versado; si poseo algunos conocimientos á consecuencia del cultivo y estudio de las mejores artes, que no he dejado en ninguna época de mi vida; Licinio reúne mayores títulos que nadie para recoger con un derecho exclusivo el fruto de todas estas cosas: pues por más lejos que camine en el dilatado espacio de mi vida, y hasta reproducir las primeras memorias de mi niñez, veo ya desde entonces á Licinio distinguirse por su celo entre cuantos me introducen y guían en la carrera de las le-

tras. Y si esta voz, animada por sus consejos y dirigida por sus lecciones, ha contribuido á la conservación de algunos, debo yo sin duda reunir todas mis fuerzas en auxilio y defensa de este mismo, principalmente, de quien he recibido cuanto era necesario á fin de proteger y salvar á los otros. Y no extrañéis verme aquí tributando un homenaje de gratitud á los talentos de Archias, porque él y yo nos hemos ejercitado en ramos tan diversos: recordad que yo mismo nunca me he consagrado exclusivamente á la oratoria, y que todas las artes de la imaginación y del sentimiento tienen cierto vínculo común y se estrechan entre sí, como los hijos de una misma familia.”

“Y á fin de que á ninguno de vosotros cause admiración que yo en una cuestión de Estado, en una causa pública defendida ante el pretor del pueblo romano, es decir, del varón más recomendable y escogido, en presencia de los jueces más respetables, use de un lenguaje tan peregrino en los tribunales, como ageno del estilo forense; os pido que en el asunto me concedáis una gracia, la más conforme al carácter del acusado, y según me lisonjeo, no molesta para vosotros, y es: que al defender un poeta esclarecido, á un hombre consumado en la literatura, en medio de los primeros humanistas, siendo tan delicado vuestro gusto, como digno el magistrado que preside, cuente yo con vuestra benevolencia para extenderme con al-

guna libertad sobre la excelencia de las humanidades y de las letras; y que tratándose de un hombre que por su vida tranquila y estudiosa no ha tenido ocasión de versarse en los procesos, ni en compromisos de esta naturaleza, me sirva de un estilo casi nuevo y desusado en el foro.”

“Si llego á convencerme de haber obtenido esta gracia de vosotros, os manifestaré ciertamente que Aulo Licinio, no sólo no debe ser excluido de entre los ciudadanos, siendo como es un ciudadano; sinó que aún cuando no lo fuese, debería obtener este derecho.”

Nos interesan de ordinario tan poco las circunstancias privadas del individuo cuando no se ligan de algún modo con nuestros intereses, que difícilmente nos prestamos á una reseña histórica de sus cualidades, y más aún si con ellas se se pretende formar algún elogio. Tal era la situación de Marco Tulio en la defensa de Archias, pues haciéndola consistir principalmente en el mérito de éste, tenía que luchar con la natural indiferencia de sus jueces. No se extrañará, por lo mismo, que mencionemos como una grande prueba de su talento, el que haya sabido captarse de un modo tan completo como nuevo y sorprendente la benevolencia, atención y docilidad de los jueces; tres triunfos graduales que iba consiguiendo á medida que propagaba las ideas de su exordio. El primero de ellos es debido á las causas por

que se identifica con su cliente y al modo con que lo hace; el segundo, al género de oratoria que introduce en su discurso; y el tercero, á la singular destreza con que obliga á su auditorio á tomar parte en la causa. Mas como cada una de estas cosas inspira tan grande interés y está desempeñada con suprema delicadeza, merecen todas nos detengamos en ellas muy particularmente.

Se recomienda en general que el orador hable con modestia de sí mismo; pero este precepto vago es tan estéril, como útil y fecunda su aplicación en ciertos casos. No siempre conviene hablar de sí mismo, y aun cuando la personalidad es útil, no siempre debe tocarse de la misma manera. Cicerón, que hablaba en un foro en que podía tenerse á mal el desempeño de una causa pequeña, no solamente puede aquí, sinó que debe en efecto justificarse de haber tomado á su cargo la defensa de Archias. Era éste, sinó el verdadero maestro y el gran modelo que había tenido Cicerón, á lo menos un hombre que había tomado el mayor empeño en sus talentos oratorios durante el curso de sus relaciones literarias.

En cuanto al modo con que habla de sí el orador, baste decir que es tan ingenioso y delicado en cuanto al estilo, como á propósito por su destreza para obtener una prevención favorable de parte de los jueces. —Un hombre arrogante habría dicho: *á Licinio pertenece reco-*

ger el fruto de mis talentos, de mis estudios y de mi erudición. Un hombre menos reflexivo y filósofo habría dicho: *no soy nada, carezco absolutamente de méritos y de luces; mas el influjo de Archias en lo que soy, exige mi consagración actual á su defensa.* Pero Cicerón, situado exactamente en el medio de la arrogancia y de una torpe hipocresía, dijo: *Si hay en mí algún talento, etc.* La feliz distribución de las palabras latinas *quid ingenii, qua exercitatio, ratio, aliqua,* contribuyen no poco á la destreza de la atenuación: el *non inficior*, despierta dos ideas: primera, el concepto público que no podía desmentirse por una negativa del orador, sin hacerlo caer en un extremo todavía más pernicioso que la arrogancia misma; segunda, la de cierta especie de rubor con que parece confesar su mérito, solo á impulso de la notoriedad: *non inficior mediocriter esse versa tum.*

Intenta el orador disminuir sus talentos á los ojos del auditorio, y se expresa de esta manera: *si quid est in me ingenii, judices.* Por no inferir alguna violencia al idioma castellano, hemos vertido el *quid ingenii*, algún talento, convencidos no obstante de que la versión es inexacta. Quien dice *algún talento*, dice mucho más que *quid ingenii*: pues *algún talento* siempre expresa un todo, al paso que *quid ingenii* se limita á una parte, y no como quiera, sinó á una parte imperceptible. Esto era ya mu-

cho; pero el orador aún vacila para expresar de un modo tan absoluto la pequeña idea de sus talentos: así es que aún los pone en duda, valiéndose de la expresión condicional *si* y añadiendo todavía el más solemne testimonio de su conciencia: *quod sentio quam sit exiguum*. Esta última palabra disminuye por sí notablemente la idea, puesto que reúne en un punto los dos extremos de lo pequeño y de lo débil; pero añadiendo á ella la expresión ponderativa *quam*, viene á quedar todo, por decirlo así, en la clase de una nulidad absoluta, de una nada disfrazada. No es tan rigorista tratando de su ejercicio en la oratoria, pues al fin causa menos rubor confesar el trabajo que la pericia: menciona, pues, aquel de un modo más positivo: *qua exercitatio dicendi*; pero dando á entender, como decíamos, que se explica así á causa de la notoriedad, (*non inficior*) y siempre con la precaución de disminuir algo su verificación en el foro con la palabra *mediocriter*. Pasa de aquí á los resultados de su talento y de su ejercicio, escogiendo de propósito las expresiones más vagas: *hujusce rei ratio aliqua*. La palabra *rei* no nos permite saber si se trata del talento ó del estudio; la palabra *ratio* no nos deja entrever ni la clase ni la extensión del resultado; y la palabra *aliqua*, hace todavía más vaga la idea de *ratio*. Sin embargo, sea lo que fuere, el orador tiene cuidado de ceul-tarnos sus talentos, atribuyén-

dolo todo al estudio y á la excelencia misma de las letras, de que no había podido desprenderse sin disgusto: *ab optimarum artium studiis et disciplina profecta, á qua nullum confiteor ætatis meæ tempus abhorruisse*.

La proposición que cierra esta cláusula, circunscribe el pensamiento dentro del objeto del discurso: "Archias, dice, debe recoger el fruto de todas estas cosas." Pero hay aquí de notable una idea que hace más feliz aún la atenuación que precede; y es que al mismo tiempo traslucimos, que si habla Cicerón de sus talentos y literatura, es por atribuírselo todo á su cliente, á quien defiende como un poeta de primer orden.

La segunda cláusula desenvuelve la razón de que Marco Tulio proclame á Licinio dueño casi exclusivo de los resultados que ha recogido aquel en la carrera de las letras: puesto que no puede echar una ojeada sobre la historia de su vida, sin descubrir en Archias el principal agente entre cuantos le conducen y guían por la serie de sus estudios. No era, pues, justo que para él solo estuviese muda una voz que, formada por él, había contribuido á la conservación de tantos ciudadanos. Este pensamiento, admirablemente presentado en la tercera cláusula del exordio, acaba de justificar á Cicerón de haber dicho una palabra sobre su mérito literario y de haber admitido la defensa de un hombre á quien estaba ligado con el más fuerte de todos los vín-

culos, con el vínculo del reconocimiento. Un orador que se explica en tales términos, arrastra necesariamente la benevolencia del auditorio, puesto que muestra reunidas la modestia, el desinterés, la amistad sincera y la memoria continua de los beneficios recibidos. Nada importa ya el tamaño de la causa que se versa, porque desde aquí la vemos convertirse en causa de interés general: no es ya la causa de un hombre privado, sinó la causa de Cicerón, la causa del genio, la causa de la gratitud.

Pero ¡que! ¿era capaz un poeta de formar los talentos del orador, de influir en sus pensamientos y dar perfección á su estilo? ¿No era de sospecharse que un exceso de celo por su causa arrastrase á Cicerón más allá de la verosimilitud, al tributar un homenaje tan completo al genio de Licinio? He aquí una observación al parecer muy natural y poco favorable á la causa del poeta, para que su ilustre y previsivo defensor la hubiera dejado sin contestar. Muy habituado á penetrar en el fondo de las cosas, á descubrir sus relaciones mas íntimas y á ver de continuo el estrecho enlace que tienen entre sí todos los conocimientos humanos, recuerda que no se ha consagrado nunca él exclusivamente al arte oratorio, y anuncia luego con fuerza que todas las artes de la imaginación y del sentimiento, y por tanto, la elocuencia y la poesía, tienen cierto común, son las

ramas de un mismo árbol, los hijos de una misma familia.

¿Y podría Cicerón merecer el título de grande orador, sin haber gustado largo tiempo las producciones más insignes de la poesía? No: el hombre sigue proporcionalmente en su educación literaria la misma marcha que los pueblos cuando se van adelantando hácia la civilización y la cultura; y es una observación muy digna de hacerse, que siempre los grandes poetas han precedido á los prosadores insignes. Tal es la marcha natural y filosófica del espíritu humano en la fijación de las lenguas: porque registrando cuidadosamente la historia de las letras, vemos que se ha comenzado siempre por lo más difícil, por los mayores esfuerzos, á fin de arrastrar á la multitud, á quien de ordinario no se domina sinó por los encantos que derraman sobre ella los triunfos populares de la poesía. Esto es lo que ha sucedido en todos los siglos y todas las naciones del mundo, como observa el cardenal Maury. Entre los griegos, Homero y Hesiodo precedieron á Demóstenes y Pericles: Lucrecio era admirado de los romanos, mucho antes que Cicerón: el Dante, el Petrarca y el Tasso, habían ilustrado la lengua italiana, mucho antes que se hubiera honrado ésta con los escritos de Muratori, de Tirobolschi y del cardenal Casini; al modo que Marot, Regnier, y sobre todos, Corneille, eran ya la gloria de la lengua francesa

cuando vinieron á darle nuevos y brillantes timbres Bossuet, Fenelón, Bourdaloue, Massillon y Flechier.

Si Cicerón hablaba con un auditorio ilustrado, debió éste por lo mismo quedar muy satisfecho con un pensamiento tan grande como bello, puesto que establece los vínculos que unen tan estrechamente las artes diversas que emanan del sentimiento, de la imaginación y del raciocinio y forman el sistema general de la bella literatura. Era imposible disponer mejor al auditorio para contar con su benevolencia; pero todavía nos sorprende más el ingenioso modo con que arrebató su atención y consigue su docilidad.

Para esto le basta sostener el tono de modestia con que se ha introducido, y desplegar toda la riqueza de dicción y toda la magnificencia del estilo, pintando con suprema delicadeza y energía el teatro que se ofrece á su vista. ¡Qué interés no derrama sobre su causa! Es una cuestión de Estado, y muy digna bajo este respecto de elevarse hasta la majestad de la tribuna, puesto que se trata nada menos que de los derechos políticos: es una causa pública, y por lo mismo de grande importancia en el foro: en fin, va á ser tratada en un estilo tan peregrino en los tribunales, como extraño al idioma judicial: *quod non modo á consuetudine judiciorum, verum etiam á forensi sermone abhorreat.*

Para fijar la atención, basta

herir la curiosidad: ¿y podía imaginarse un medio más á propósito que este anuncio? Sin embargo, quítese la preparación, y él entonces, lejos de avivar la curiosidad, arrancaría la risa del menosprecio. Para introducir esta novedad en el foro, sin aventurarse cuando menos á la diferencia del auditorio, se necesita de un talento capaz de adquirir antes varios triunfos graduales. Reflexionemos ahora que quien habla es Cicerón, el primer orador de su patria, el juez más competente en la materia; que este orador habla con harta moderación de su mérito, y no más que por manifestar cuánto le debe á su cliente; que hace visible la fraternidad íntima que hay entre la elocuencia y la poesía, y solo hasta entonces se resuelve á proponer la novedad que va á introducir á la elocuencia; que este anuncio es muy artificioso, pues por una parte natural supone como una cosa muy la extrañeza de su auditorio, y por otra se limita á pedir encarecidamente á los jueces una gracia, y solo por mirarla como indispensable para el mejor éxito de su causa, y como más conforme al carácter del acusado. Mas á pesar de hallarse íntimamente convencido de que es útilísimo y hasta cierto punto necesario relajar un tanto la severidad del foro en el estilo de su elocuencia, no le propondría, ¡tanto así es el respeto que profesa á los tribunales! si creyera disgustar con esto al que debe juzgar la

presente causa. Pero él todo lo tiene calculado; y sabiendo que la severidad de los magistrados está suavizada por su eminente literatura, se atreve á esperar que su nuevo estilo no será desagradable á sus jueces. ¡Qué filosofía, cuánto gusto, qué talento tan admirable para guardar todos los miramientos oratorios no resplandece en esta preparación! Ella y solo ella pudo haber hecho que el anuncio de un estilo desusado y nuevo despertase la curiosidad y fijase la atención de los magistrados y del público.

Veamos ahora el ingenioso modo con que Cicerón interesa á los jueces en el buen éxito de la causa, y los dispone á proteger con sus votos el talento de Archias. Primero había ponderado el severo carácter de su auditorio, diciendo que hablaba ante el más recomendable y escogido varón, (*lectissimum virum*) á presencia de unos jueces muy respetables, (*apud severissimos iudices*) y lo que es más, en presencia de un concurso numeroso. La enumeración de estas circunstancias era muy necesaria, pues de otra manera podía sospecharse que el orador intentaba sorprender á los magistrados, suponiendo en ello alguna ligereza. Si el pretor y los jueces eran hombres llenos de madurez; si se hallaban rodeados de un inmenso concurso, cosa que tantos miramientos exigía no solo de parte de aquellos, sino aun del mismo orador, no podía ciertamente aspirar éste

á su indulgencia con motivo de la novedad que iba á introducir en el foro, sino por causas muy graves y legítimas, como en efecto las tenía. El acusado era un hombre constantemente aplicado á las tareas pacíficas del estudio, sistema de vida nada conforme con la perpetua y activa fogosidad que distingue al hombre público en los debates del foro: *ejusmodi persona quae propter otium ac studium minime in judicii periculisque tractata est*: era un gran poeta, un hombre consumado en la literatura, cualidad importante que debía recomendarle eficazmente á los jueces, y que autorizaba también la libertad que el orador quería tomarse al hacer su defensa. ¿Y qué obstáculo podía ofrecer aquel inmenso concurso, para que el orador derramase por toda su oración los encantos y primores de un estilo florido? Muy grande, si él hubiera estado compuesto de una gente inculta y grosera; pero ninguno, cuando se habla entre los primeros humanistas de Roma; *hoc concursu hominum literatissimorum*; ninguno, cuando se hablaba entre los eminentes apreciadores del mérito literario, entre unos hombres tan sensibles á los hechizos de la imaginación, como á los trasportes sublimes de la gloria que la poesía se encarga de inmortalizar, como dice Horacio; (1) ninguno, finalmente, cuando el tribunal estaba pre-

1 Dignum laude virum musa vetat mori.

sidido por un ciudadano cuyo más cumplido elogio está comprendido en la expresión enfática de un pronombre demostrativo: *Hoc denique praetore excerceute iudicium*. Veamos, pues, cómo el tribunal más grave y más severo se transforma, sin perder estas cualidades, en un tribunal bastante flexible á la causa de un poeta esclarecido. ¡Tal es el triunfo de las conveniencias oratorias! Benevolencia, atención, docilidad; todo está conseguido desde que se presenta un orador tan admirablemente diestro para reunir en un exordio tan acabado, el recuerdo de su mérito, el interés de su gratitud, la importancia de la causa, el decoro y lustre del auditorio, la circunspección, gravedad, sabiduría y literatura de los magistrados.

“No bien hubo salido Archias de entre los niños, y de aquel género de enseñanza con que la edad pueril suele disponerse al cultivo de las humanidades, cuando se consagró todo á las tareas de la composición; y ya desde entonces su patria, la noble, opulenta y célebre Antioquía, aquella ciudad tan fecunda en los más bellos estudios como poblada de literatos y de sabios, le vió levantarse sobre todos por la gloria de su genio. ¡Y qué diremos de las otras partes de la Asia y de la Grecia toda? Tan grande era el entusiasmo que causaba en sus habitantes el anuncio de este nombre, que la expectación pública superaba tanto á su celebridad, como en su ad-

venimiento excedía siempre la admiración á la expectativa general. Habíanse derramado con tal abundancia en aquel tiempo por la Italia las artes y literatura de la Grecia, que su cultivo era más esmerado aquí que en los países donde habían ellas nacido; y la misma Roma, entregada entonces á todos los placeres de la paz, estaba muy distante de verlas con menosprecio. Este era el estado de las letras, cuando los tarentinos, reginos y napolitanos le concedieron los derechos de ciudadano con las demás prerogativas anexas á este título, y le juzgaban digno siempre de su hospedaje y amistad cuantos eran capaces de calificar á los grandes ingenios. Precedido de una reputación tan brillante, y cuando su fama le había dado á conocer aun á los ausentes, vino á Roma gobernada á la sazón por Catulo y Mario, circunstancia muy grata para él, pues el primero de estos consules, podía brindar á su talento con las más heroicas proezas, y el segundo no sólo con hechos ilustres, sinó con un gusto exquisito y un oído ejercitado. Aún no había dejado la pretexta, cuando lo recibieron los Lúculos en su propia casa; y es muy digno de notarse que esta casa, donde pasó su juventud, haya sido igualmente el asilo más ordinario de su vejez; porque tan distinguida predilección es debida no solo á su ingenio y literatura, sinó también á su carácter y á su virtud.”

“En aquel tiempo era muy agradable, por su trato, á Quinto Metelo el Numídico y su hijo Pío; era escuchado con gusto de Marco Emilio; vivía familiarmente con los Catulos, recibía mil demostraciones de Lucio Craso; y con la urbanidad y finura de sus maneras tenía tan obligados á los Lúculos, y á Draso, y á los Octavios, y á Catón, y á toda la familia de los Hortensios, que gozaba de la más alta consideración, pues le ofrecían sus homenajes, no solo aquellos que anhelaban realmente por oírle á fin de sacar algún provecho, sinó, lo más notable todavía, aún los mismos que únicamente lo aparentaban.”

“Al cabo de un largo trascurso, y despues de haber partido con L. Lúculo á Sicilia y regresado con él de esta provincia vino Archias á Herecléa; y habiendo querido inscribirse en ella, por verla disfrutar de tan plenos derechos en virtud de nuestra alianza, lo consiguió de los heraclenses, ora fuese por su mérito particular, ó ya por el crédito y protección de Lúculo. Publicóse en estos dias la ley de Silvano y Carbón, la cual otorgaba los derechos de ciudadano á los que estuviesen inscritos en las ciudades confederadas, con tal que tuviesen domicilio en Italia al tiempo de ser publicada la ley, é hicieran su declaración ante el pretor dentro de sesenta dias. —Archias tenía ya muchos años de domiciliado en Roma, é hizo su declaración ante el pre-

tor Quinto Metelo, uno de sus más estrechos amigos.”

Sin dejar de ser muy á propósito para una defensa judicial, figuraría con el mejor éxito esta narración en un discurso del género demostrativo. Para referir el orador que Archias fue célebre en toda el Asia y la Grecia, tiene cuidado de pintarnos antes el estado de la literatura en todos esos lugares: sabe muy bien que si una débil llama brilla en medio de la oscuridad, para resplandecer donde todo está iluminado, se necesita de un torrente de luz. Si Archias arrebató con su genio la universal admiración, no fue entre pueblos idiotas sinó en el centro de la cultura; preparación importante para juzgar de su mérito á vista del entusiasmo que causaba y de los homenajes que donde quiera recibía. Una narración tan bien distribuida en orden á los hechos, brilla tanto por su extensa concisión, como imita con su rapidez la celeridad con que se propaga por el mundo la fama de un hombre extraordinario. Es magnífica y completa, y nada echaría de menos la crítica literaria, aún cuando solo se tratase de elogiar en una academia el mérito de alguno de sus miembros más esclarecidos.

Pero lo que hay aquí de notable es que ella encierra toda la defensa, reducida, como se ha visto, á un hecho bien sencillo. Por la ley de Silvano y Carbón se concedió el derecho de ciudadano á los que estu-

vieran inscritos en alguna de las ciudades confederadas, viviesen en Italia é hiciesen su declaración ante el pretor; Archias estaba inscrito en Heracléa, ciudad confederada, vivía hacía muchos años en Roma y había hecho su declaración ante el pretor Quinto Metelo.— Su derecho está por lo mismo suficientemente comprobado.

Tiene, pues, razón el orador para decir en consecuencia: *si no se trata sinó del derecho de ciudadano y de la ley, no diré otra palabra más: la causa está defendida.* Pero era necesario rebatir objeciones, y esto es lo que hace inmediatamente.

Todos los hechos que acaban de referirse, están comprobados por la declaración de Lucio Lúculo y el testimonio de los habitantes de Heracléa.— Cierto es que, habiendo perecido los registros del archivo de esta ciudad, no puede rendirse la prueba de documentos; ¿más por ventura son estas las únicas que deben admitirse?— “Es el colmo de estravagancia y ridiculez, prosigue Cicerón, no decir nada contra las pruebas que rendimos, para exigir las que no podemos tener; despreciar con un silencio maligno las declaraciones de los testigos, para reclamar documentos por escrito; y cuando tenéis á la vista el testimonio de un testigo tan autorizado, el juramento y la fé de todo un municipio, desechar estas pruebas que de ningún modo pueden ser falsificadas, para insistir en unos registros que, como tú mismo

confiesas, suelen serlo todos los días.”

Por lo demás, Archias tenía ya muchos años de vivir en Roma cuando se dió la ley é hizo su declaración en los registros de Metelo, los únicos generalmente reconocidos por auténticos. ¿Y á la vista de unas pruebas tan robustas, y cuando aquel se inscribió también en otras ciudades, podrá desconocerse su derecho? Regio, Lócres, Nápoles y Tarento, que prodigaban este título á unos simples comediantes, ¿le habrían rehúsado acaso á un hombre coronado con la gloria del genio? Muchos se introducían, arrastrándose, en los registros de estos municipios á fin de pasar por ciudadanos; ¿y Licinio Archias que ni había querido servirse de aquellas ciudades, contento con la de Heracléa sería el único privado de estos derechos? Este ligero extracto de un argumento de conjetura, manifiesta cuánto importan estas introducciones filosóficas en el buen éxito de los negocios forenses, y tienen una fuerza muy grande para convencer á los jueces de la justicia con que contaba para su cliente el defensor de Licinio.

Pasa de aquí á rebatir otra objeción sacada de la falta del nombre de Archias en los alistamientos de la ciudad. Rebátela victoriosamente con hechos incontestables. En dos empadronamientos estaba Licinio ausente con Lúculo, y en los tiempos de Julio y Craso no se

alistó ninguna parte del pueblo. ¿Podía inferirse algo de aquí contra el derecho que se defendía? Para concluir su refutación y con ella la primera parte, hace mérito el orador de que en los tiempos en que se dice que Archias no había observado la conducta de ciudadano, testó varias veces conforme al derecho de Roma, heredó á varios ciudadanos romanos y fue colocado por Lúculo, pretor y cónsul, entre los beneméritos del erario. “Buscad, pues, nuevas pruebas, exclama Cicerón, que Archias no será vencido jamás ni por su conducta propia, ni por la de sus amigos.”

He aquí una idea de la primera parte de este discurso.—Es demasiado corta y puede tenerse como toda la defensa; pero aquí mismo tenemos ocasión de alabar, aunque en pequeño, los talentos de Cicerón, y aprender á calificar los hechos, darles todo su mérito oratorio y aplicar al mismo tiempo las leyes con una exactitud filosófica. Tan bien sostenidos y enlazados aparecen aquí los argumentos, que los unos van preparando á los otros, y el conjunto causa la más plena convicción. Sea que demuestre con hechos la justicia de su causa, sea que use de la prueba inductiva, sea que forme conjeturas aproximadas; todo satisface á la razón y despierta con eficacia el interés. Si Licinio despreció por Heracléa todas las otras ciudades, es por el grande aprecio y considera-

ción que aquella gozaba entre los romanos; si no estuvo presente al empadronamiento de los ciudadanos, es porque acompañaba entonces á un general romano, ya cuando éste mandaba el ejército, ya cuando desempeñaba en Asia el cargo de cuestor. En fin, no presenta un solo testimonio sin haberlo revestido antes de todos los caracteres propios para hacerlo respetable y decisivo. Si no es, pues, la oración en defensa de Archias el más bello ornato del genio de Cicerón, ninguno sinó éste era capaz de sacar más partido de tan limitado argumento.

JUAN BERTÍS.

San Salvador.

En la Cátedra de Filología.

(Conclusión del artículo III.)

Cañizales.—Si respecto de cada uno de las voces de origen americano que registra el Diccionario de la Academia trata Ud. con la misma extensión que sobre la palabra *tabaco*, no bastarán cuatro sesiones para dar lectura al trabajo de Ud., aun suponiendo que cada sesión dure dos horas, que ya es bastante.

Profesor.—Lo que he dicho á Uds. ahora respecto á la voz *tabaco* no es más que el resumen de la parte filológica de mi disertación: en el resto de ella reseño, además, la historia de la introducción de esa planta en Europa, los diversos nombres que allá le dieron, las leyes con que se trató de impedir el uso del fumado, las opiniones de los sabios respecto á los efectos fisiológicos de la nicotina, etc. etc. Te-

mó que la mayoría de los que asistan á la conferencia se aburra, y me suceda lo que le pasó al célebre relojero Berthoud en el Instituto de Francia.

Zepeda.—¿Qué le aconteció?

Profesor.—Que estando un día exponiendo la teoría matemática del *escape*, uno de los eximos allí presentes escribió en un pedazo de papel, que hizo pasar de mano en mano, esta cuarteto:

Berthoud, quand de l'échappement
Tu nous traces la théorie,
Heureux qui peut adroitement
S'échapper de l'Académie.

Calatrava.—Y luego?

Profesor.—Que la indicación fué aceptada y solo quedaron el orador y los de la mesa.

Zepeda.—No creo, señor, que tal cosa suceda en los días de la conferencia de Ud. por que hay muchas personas aficionadas á los estudios filológicos, entre otras los doctores Robledo Paramio y Rueda Zeledón, cuyo voto he oído á Ud. varias veces citar con sumo respeto; la respectiva opinión de esos y otros distinguidos académicos y la de algunos jóvenes estudiantes, vale más que los aplausos del público en general.

Cañizales.—*Non quam multis placeas, sed qualibus, studet* aconseja Ciceron á los oradores.

Calatrava.—Además, como Ud., acordándose de que *nec cibus ipse juvat morsu fraudatus acetii*, ha procurado templar la aridez característica de las cuestiones etimológicas con algunos chicleos, no dudo que será oída con gusto su conferencia.

Profesor.—Agradezco á Uds. sus buenos deseos y halagüeños presagios; más les confieso que no estoy satisfecho de mi trabajo: todos los perifollos que le he puesto me parecen muy sin sal, *candidiora cute cerussata*. Entre los varios pasajes

que no sé como componer se cuenta uno, bastante, largo por cierto, relativo al vocablo *añil*, sobre lo cual no encontré nada pasable que decir.

Calatrava.—El remedio lo tiene Ud. en la mano: suprimir ese pasaje, tanto más que no sé por que trata Ud. del vocablo *añil*, que, á mi juicio, no es de origen americano.

Profesor.—Es verdad que no es de origen americano, pero solo por medio de la lengua quiché se puede averiguar el verdadero significado de esa voz.

Zepeda.—No recuerdo en que libro leí que la voz *añil* significa "cordero," y menos encuentro la relación que hay entre ese animal y la leguminosa que produce el índigo.

Profesor.—*Añel*, mejor dicho *agnel*, no *añil*, es palabra francesa, derivada del latín *agnus*, cordero, y es el nombre que se dió á una monedita que se acuñaba en Francia en tiempo del rey San Luis, la cual moneda, equivalente á doce sueldos y seis dineros, vale decir un real nuestro, tenía en una de sus faces la figura de un corderito; pero en este sentido la voz *añil*, aun en el supuesto de que sea variante de *añel*, no tiene nada que ver con la sustancia colorante que se extrae de la *Indigófera tinctoria*.

Calatrava.—Debe significar algo alusivo al color azul.

Profesor.—En materia de colores los antiguos no mostraron ni buen gusto ni buen sentido, pues confundían unos tintes con otros de la manera más lastimosa, por lo que es poco acertado buscar el origen de las voces por esa vía. En otra ocasión habló á Uds. de la palabra *cerúleo*, con la que los antiguos designaban á la vez lo blanco y la negro, es decir el *alfa* y la *omega* de la gama cromática. En la oda XXVIII dice Anacreonte, hablando de una de sus lindas amigas:

*Ipo porfiraisi kaitais,
Elefantina metopa; . . .*

lo que traducido del griego al romance equivale á: "bajo una cabellera *purpurina* una frente de márfil."

I Virgilio llama *negras* á las violetas en la Egloga X:

El nigra violæ sunt. *

Calatrava.—Eso de que la amiga de Anacreonte haya tenido el pelo colorado no tiene nada de extraño. ¿No hay aquí tantas *curuncas*? Tampoco me admira que el autor de la Eneida haya llamado *negras* á las violetas, cuando veo que un poeta moderno, don Roberto Brenes, de Costa Rica, las ha llamado *blancas*, en uno de sus inspirados sonetos:

"En su redor las *cándidas* violetas
Vertiendo están su virginal ofludio
I entre *chiritas* de penacho rubio
Las orquídeas adornan las glorietas

Profesor.—Pero es el caso que el mismo Anacreonte dice, poco antes del pasaje citado:

Apalas te kai melainas,

lo que significa que los cabellos de la niña eran finos y negros.

Cañizales.—Sería hacer muy poco favor al gran poeta teyano suponer que se hubiera enamorado de una *curunca*.

Zepeda.—Bah! Precisamente eran los cabellos color de azafrán los que más gustaban á los antiguos griegos y romanos, y de ello estaban tan convencidas las muchachas, que las peli-negras ocultaban su espléndida cabellera bajo una capa de rubicundos postizos, *et nigrum flavo crinem abscondente galero*; otras se teñían el pelo, *pro albo vel atro, flavium facimus*, y algunas se echaban polvos de oro en la cabeza para que esta apareciese brillante, *capillo semper fucato, et auris ramentis illuminato*.

Profesor.—Hemos olvidado, señores.

"Fraile, pecado, confesión y templo": no se trata de la belleza de las pelirrojas, sino del origen de la voz *añil*.

Litré dice que en lengua persa se da á esa sustancia colorante el nombre de *anis*, y que en árabe se llama *nil*, *nil* ó *nir*, y también *annir*, y el famoso doctor Hernández designó el índigo mejicano con el nombre de *anir*. Los nahoas llamaban *xiquilitl pitzahoac* á la planta que produce el añil, y *mohuilli tlenohuilli* á los panecillos ya listos para el consumo, y, según las tradiciones que nos han conservado los cronistas, el añil era considerado por los indios de Méjico, y de Centro-América como un específico contra ciertas enfermedades, especialmente para curar el *empacho* (enteritis) para lo cual lo aplicaban en forma de *cataplasmas*, ó por medio de fricciones de infusión, ó de tintura de índigo. A esto último alude el vocablo *añil*, corrupción de *a-niy-il*, que es la reunión de tres raíces quichés: *a*=agua; *niy*—"dar friegas en la barriga, é *il*, terminación de nombre sustantivo; de modo que *aniyil*, ó *añil*, quiere decir "líquido para restregar la barriga".

Calatrava.—Al Norte de Centro-América hay un río llamado *Nil*, que descende de la cordillera del Soconusco á pagar tributo al Pacífico, del cual río hace mención el *Título de los señores de Totonacapan*.

Profesor.—Bien, y qué?

Calatrava.—Es que se me ocurre la idea de que el nombre de ese río alude á que sus aguas sean buenas para curar el *empacho*, ludiendo la panza con ellas.

Cañizales.—I á mi me se ocurre que eso lo dices *a propos de bottles*.

Profesor.—El Coronel Dusaert publicó un folleto intitulado *La Carie Américaine*, en el que se propuso demostrar que el Egipto fué

en tiempos remotos colonia de los aborígenes de Centro-América, y aduce entre otras ingeniosas pruebas de esa teoría, la homofonía de los nombres conque respectivamente se designan el río de que hizo referencia Calatrava y el que corre en aquella parte del Africa, y la notable circunstancia de que la voz *Nilo*, que no admite interpretación plausible por medio de los idiomas del Viejo Mundo equivale en quiché á "tranquilo," epíteto que bien merece el río que baña al Egipto, especialmente en la última parte de su curso.

Zepeda.—¿Participa Ud., doctor de la opinión de M. Dusaert?

Profesor.—Fácil me sería contestar á Ud. con un simple monosílabo, afirmativo ó negativo; pero preferiría exponer mi opinión sobre tan delicado tópicó de los estudios americanos con el debido desarrollo y apoyada en gran copia de argumentos; más ya que esto no me es posible me reduciré á manifestar á Uds. que, si bien conceptúo por demás exagerada la opinión de M. Dusaert, creo que es innegable que hubo estrechas relaciones entre los antiguos egipcios y los primitivos quichés. Ese mismo río, en que Termutis recogió al futuro autor del Pentateuco, nos suministra curiosos datos en pro de la antedicha tesis: en varios antiguos monumentos egipcios se da al Nilo el nombre de *Akab*, vocablo compuesto, á mi ver, de dos raíces quichés: *at=agua* y *kab=dos*; aludiendo á los dos grandes componentes de dicho río: el Blanco y el Azul.

Nadie ignora que el Nilo crece anualmente é inunda los terrenos próximos á las dos orillas de él; este fenómeno, de benéficos resultados para aquel país, fué atribuido por los antiguos á la caída periódica de una lágrima de *Isis*, como que todavía se llama *Lelet el nukta*, "la noche de la lágrima," la del día

en que principia el ascenso de las aguas, y hasta hace pocos años fué satisfactoriamente explicado, gracias al gran trabajo tabulario de Enrique Barth y á los viajes de S. Baker en Abisinia.

Cuando el río ha llegado á cierta altura se celebra la ceremonia de la *abertura del Jalig*, ó dique, para renovar el agua del canal que rodea la ciudad del Cairo. Esta voz *jalg* es también de origen quiché: se compone de *ha=agua* y *lik=coger agua con cántaro*; significado que hace clara referencia al objeto del dique, que es retener el agua necesaria para el consumo de los habitantes del Cairo y de sus contornos.

Describiendo esa ceremonia el señor don Eduardo Toda y Güell, en su interesante libro *Á través del Egipto*, dice: "Numerosa cuadrilla de muchachos, con palos y espuelas, comenzaron á derribar el dique de arena, acompañando su trabajo con un canto monótono y pausado, al tiempo que desde la ribera se echaba al Nilo la *Atusa*, grósera imágen de barro, vestida de ricas telas, cubierta la cara con el rojo velo de las desposadas llenos de joyas manos y pies, y calzado con borceguíes de oro y seda. Era la prometida del río que iba á casarse con sus turbias aguas". *Atusa* es palabra compuesta de dos raíces quichés: *at=agua*, y *utz*, de donde sale *ziliz=hermosura*; de modo que *at-ut*, ó *uatusa*, quiere decir "la bella del río".

Cañizales.—Esas pocas relaciones lexicográficas pueden ser simples coincidencias.

Profesor.—Por tal las tendría yo sino hubiera encontrado otras muchas, á cual más inesperada y concluyente, las cuales demuestran de un modo poco menos que evidente, que existe estrecho parentesco entre los egipcios y los quichés. En la época de las primeras dinastías se conservaba la tradición de haber

existido en aquel país una raza de hombres semi-salvajes, denominados *Shosu Hor*; ó "servidores de Horus," anteriores á Minis, es decir, hace más de 7000 años. El nombre de esa raza es puramente quiché: *Shosu* se deriva de *Xou* (Shou), raíz de *Xouaih*="obedecer", y *Horus*, ú *Horo*, uno de los nombres que daban los egipcios al *Sol*, se deriva de *hoo*="desaparecer," y de *or*, raíz de *orel*="agujero", y alude á la aparición y desaparición cotidiana del astro rey, y á la llegada de este al *Ocaso*, donde *Nut*, diosa del espacio celeste; recibe *la buena barca de millones de años* y la hace entrar en el río subterráneo, para que regrese al Oriente.

De las diversas razas que pueblan hoy el Egipto se reputa que la más antigua es la de los *Fellahs*. Algunos quieren que esta sea la raza autóctona, y otros opinan, con mejor fundamento, que es el producto de las primeras inmigraciones. El análisis filológico confirma la segunda de las dos antedichas teorías: la voz *fellah* se deriva del quiché *pelah*, compuesto de *pe*=venir, y *lah*=avecindarse.

Canizales.—Para mí la sola cosa digna de estudio que tenía el Egipto eran las pirámides.

Profesor.—Son los más famosos monumentos de aquel país y aún no se ha averiguado á punto fijo para que fueron construidas: no hace dos años que M. León Mayou avanzó la idea de que la gran pirámide, denominada de *Cheops*, fué construida con un fin puramente científico, relacionado con la desecación artificial del Sahara y creación del Nilo. Sin meterme en esas honduras aprovecho la ocasión de proponer á Uds. una curiosa etimología quiché de la palabra *Guizeh*, que es el nombre del lugar en que están las grandes pirámides de *Menfis*: de *vi* (*hui*)="cima, cabeza, altura," y *tzep*="poner en el suelo".

Por tanto: *vi tzep*, de donde salió *Guizeh*, quiere decir "eminencia levantada en el suelo".

Calatrava.—Será cierto que los franceses pretenden convertir en un mar el desierto de Sahara?

Profesor.—Hace pocos años el Comandante Roudaire elaboró un minucioso proyecto relativo á la formación de un mar interior al Sur de la Argelia, y M. Paul Soleillet otro proyecto, referente á la construcción de una gran línea férrea que uniese dicha colonia con las del Senegal y del Sudán; ninguno de los cuales se ha realizado aún. A propósito del primero de ellos recuerdo que cuando lo leí me llamó la atención que en Africa, llamasen *Chotts* á los antiguos mares interiores, hoy secos, que se encuentran en el Desierto, y me llamó la atención porque en quiché *cho* significa "lago".

Zepeda.—La teoría del señor Mayou está en contradicción con los datos que suministra la historia.

Profesor.—Bien sé que la mayor de las pirámides de *Ménfis* fué levantada, según la opinión de la mayoría de los escritores antiguos y modernos, para que sirviese de tumba de *Cheops* ó *Khufu*, soberano del Egipto hace 42 siglos; pero no puedo menos que hacer constar que la significación de esos dos nombres, *Cheops* y *Khufu*, derivados del quiché, induce á creer que el tal soberano es un ente simbólico, ó que por lo menos, se le dieron esos epítetos con motivo de la desecación del Desierto y creación del Nilo. En efecto, *Cheops* se deriva de *Chup*="apagar, extinguir, cegar," y *Khufu* proviene de la raíz *Kup*="arrebatar," significados que evidentemente aluden á la antedicha magna obra, á la que debe su existencia el Nilo, sin el cual no existiría el Egipto.

Zepeda.—Si hubiera Ud. escogido para tema de su conferencia las

relaciones entre los antiguos egipcios y los primitivos maya—quichés, en vez de hablar del tabaco, del añil, de la quina, etc. etc., sería más generalmente admirado el trabajo de Ud.

Profesor.—Ese tema fué uno de los que pensé adoptar, pero después de dos ó tres días de maduro exámen deseché la idea por varios motivos, siendo el principal el caer yo de los conocimientos egipológicos necesarios para desarrollarlo y en segundo lugar que me hubiera resultado la disertación más larga aun de lo que me salió. En varias notas de mi trabajo analizo voces orientales por medio del quiché: así, hablando de los diversos modos de fumar, menciono el *chibuk* ó pipa de los levantinos. Esta voz se compone de dos raíces quiches: *chi*=con, para. y *buk*=sahumerio, regüeldo, perfume.

Calatrava.—No me halaga mucho que mis ascendientes hayan sido consanguíneos de los antiguos egipcios, adoradores de las cebollas y de los gatos.

Profesor.—Es muy cierto que en los escritos de algunos de los clásicos griegos y latinos se encuentran multitud de duras cuchufletas contra los egipcios, con motivos de sus dioses. Horacio dice: *O sanctas gentes, quibus, hæc nasentur in hortis numina*, y Juvenal pregunta *Quis nescit qualia demens Ægyptus portenta colat, crocodilon adorat*; pero hubo filósofos, de la talla de Cicerón, que han justificado á ese pueblo: *Ipsi qui irridentur Ægyptii* dice en el libro primero de su tratado sobre la Naturaleza de los Dioses, *nullam belluam nisi ob aliquam utilitatem consecraverunt, velut ibis maximam vim serpentium conficiunt. Possum de ichneumonum utilitate, de crocodilorum, de felium dicere: sed nolo esse longior.* Fué pues, un sentimiento de gratitud el que les sugirió la idea de rendir culto á cier-

tos animales. Por los demás, debe tenerse presente que hasta hace pocos años, gracias á que Champollion Figeac descubrió la clave para leer y traducir los geroglíficos egipcios, se principió á estudiar de un modo concienzudo la historia y Mitología de los antiguos habitantes del valle del Nilo. Así se ha encontrado que *Jopri*, ó *Jeper*, ó sea el escarabajo, que figura en muchas inscripciones de los tiempos faraónicos, era el emblema de una idea altamente metafísica: la Eternidad, y á la vez simbolizaba la vida humana y las trasformaciones sucesivas del alma en el otro mundo. Suponían que esta especie de animales no tenía hembra, y que el oficio de la propagación lo efectuaba el macho al rodar la bola de excremento sobre el suelo. Esto mismo indica la etimología quiché del vocablo *Jopri*, compuesto de *hop* (*jop*)=“aumentar, multiplicar,” y de *rib*=“se, á sí;” de modo que significa “multiplicarse por sí mismo. La lista de los Dioses egipcios es bastante larga, siendo *Osiris* el más mentado de ellos, el *Dios del rostro oculto*, la divinidad de la muerte.

Zepeda.—Qué significa en quiché la voz *Osiris*?

Profesor.—Se compone de *O*, partícula privativa, y de *zir*, raíz de *zircum*=“círculo, disco;” así es que equivale á “sin disco,” con lo que se daba á entender la idea de tener el rostro oculto.

Sed nimis multa; oportunamente les hablaré en *extenso* de la cuestión egipcio-quiché.

Salud!!

SANTIAGO I. BARBERENA.

Julio, de 95.

Revista de los progresos de la Astronomía

(Trabajo de M. Flammarion, publicado en su "Anuario Astronómico y Meteorológico" del presente año y traducido para "La Universidad" por el doctor Alberto Sánchez.)

VI

El planeta Venus fue visible como estrella matutina y vespertina el mismo día, el 14 de febrero de 1894, porque ese día se levantó 42 minutos antes del Sol, y se acostó 43 minutos después de él. Diarios muy populares han pretendido que este curioso fenómeno no se verifica más que una vez cada cien años.—Esto no es cierto, pues se verifica á los ocho años; así se ha visto el 16 de febrero de 1886, 19 de febrero de 1878, 21 de febrero de 1870, 23 de febrero de 1862, 26 de febrero de 1854, 28 de febrero de 1846, 2 de marzo de 1838, 5 de marzo de 1830, etc. Este hecho tiene por causa la diferencia de declinación entre el Sol y Venus, que se eleva hasta 9° y 10° .

El máximun de brillantéz de Venus tuvo lugar el 12 de enero.—En esta época las vistas perspicaces pudieron verlo á la simple vista en pleno día.

Gran número de nuestros lectores han aprovechado esas felices circunstancias para observarlo. Varios nos han afirmado que han visto á la simple vista la creciente del planeta de una manera clara, cuando nubes transparentes, pasando delante del planeta, atenuaban su brillo.

Entre los dibujos que hemos recibido, señalaremos los de Mme. Desrivieres, en los que aparece el cuerno inferior ó austral, excesivamente blanco; esta región aparece abultada, sin duda por irradiación.

Estos dibujos guardan concordancia con otros muchos que indican la presencia de nieves, y, según toda apariéncia, de polos. Si este planeta tuviera polos cubiertos de nieves, giraría sobre sí mismo muy rápidamente y no en un período igual á su revolución anual, porque en este último caso, el máximun de calor estaría en el centro del hemisferio vuelto hacia el Sol y el mínimun en el hemisferio obscuro. La nieve, si hay nieve, debería pues limitar de alguna manera el hemisferio alumbrado y no acumularse en dos puntos diametralmente opuestos. La observación de estas manchas blancas es importante, porque puede permitirnos determinar los polos, como también descubrir la inclinación del eje por su extensión y sus variaciones.—Son tan blandas como las nieves de Marte; pero descuellan mucho menos á consecuencia del gran brillo general del planeta.

VII

Saturno se ha presentado en 1894, casi en las mismas condiciones de observación que en 1893. Solamente el anillo está ahora más abierto. El casquete polar boreal del planeta es gris, como de ordinario, y la

zona ecuatorial muy amarilla. Se ha observado que esta zona está atravesada por regueros grises bastante débiles, presentando gran analogía con los que se han visto en Júpiter. El anillo interior trasparente se ha visto muy claro y ligeramente teñido de púrpura.—Se ha observado en el anillo, al lado de la sombra del globo, una mancha blanca, que no es más que un efecto de contraste, y análoga á la observada por M. Terby, de Louvain, en 1889.

VIII

Se ha creído hasta el presente que Vesta es el más grande de los planetoides. Las investigaciones de Herschel I. Schroeter, Maedler, Secchi, etc., habían conducido á este resultado. Mas, según las medidas micrométricas tomadas últimamente en el observatorio de Lick, por M. Barnard, el célebre descubridor del quinto satélite de Júpiter, es Ceres el que ocupa el primer lugar en magnitud entre los asteroides. Luego viene Pallas, después Vesta. El diámetro de Ceres sería cerca de 1000 kilómetros, el de Pallas de 450, mientras que el de Vesta no mediría más que 400 kilómetros.

En atención á la experiencia del observador y á las proporciones colosales del instrumento que ha servido para tomar estas medidas, hay derecho para considerar estos resultados como concluyentes.

IX

Cometas.

M. Denning, astrónomo bien conocido, ha descubierto el 25 de marzo último, un débil cometa telescópico [1894 a], por $9^{\circ} 55'$ de ascensión recta y $32^{\circ} 15'$ de declinacion boreal.

Según los cálculos de M. Hind, el astro describe una órbita elíptica y pasó por el perihelio el 13 de febrero último, á una distancia del Sol de 1,215, siendo uno la distancia solar de la Tierra. El período es de 6 años, 8 meses.

El aspecto del cometa era el de una nebulosa pálida de 1', con un núcleo central de 13^{a} magnitud.

M. Walter Gale, astrónomo en Sydney [Australia], ha descubierto otro cometa (1894 b), el 3 de abril de 1894, por $37^{\circ} 42'$ de ascensión recta, y $55^{\circ} 25'$ de declinación austral. Según los cálculos de M. Kreutz, este astro pasó por el perihelio el 13 de abril último. Su brillo fue aumentando constantemente durante todo el mes de abril y decreció desde el 1^o de mayo.

Este cometa ha sido visible á la simple vista durante algunos días, y se veía muy hermoso con unos gemelos.—Visto con el telescopio, el cometa se presentó como una nebulosa elíptica con condensación central, pero sin cola. Su espectro examinado por M. Fowler el 7 de mayo, presentó las tres estrías del carbono cuya presencia ha sido tan amenudo com-

probada en otros cometas. El núcleo presentaba un aspecto continuo bastante brillante.

M. Duménil, en Yébleron, pudo observar este cometa con unos gemelos, en los días 9, 12 y 14 de mayo. Tenía el aspecto de una nebulosa redondeada de 2' ó 3' de diámetro.

El cometa de Tempel, descubierto en 1873, fue observado en su primera vuelta en 1878. No se le pudo ver en los períodos siguientes de 1883 y 1888, porque estaba casi sumergido en los rayos del Sol. M. Schulhoff había calculado la feméride para la vuelta de este año. Sus previsiones se realizaron. Se encontró el astro en el cabo de Buena Esperanza, el 8 de mayo, casi exactamente en la posición asignada, casi á las dos horas, precisión verdaderamente notable. La duración de la revolución de este cometa no es más que de cinco años y dos meses.

X

Se sabe que los cometas pueden nacer uno de otro por fisiparidad, como las células orgánicas ó de los animales rudimentarios. Esto se ha observado desde la división del cometa de Biela, en 1846, así como la de Swift en 1892.

Las fotografías del cometa de Brooks (17 de octubre de 1893), tomadas en el Observatorio de Lick, por M. Barnard, demuestran que este cometa ha sido fraccionado.

En efecto, una fotografía tomada el 19 de octubre presen-

tó una cola rectilínea de cerca de 4° , con dos rayos secundarios que hacían un ángulo muy grande con la cola media. Estos fenómenos se acentuaron mucho más en un cliché tomado el 21 de octubre: uno de los rayos del 19 se había desarrollado considerablemente, formando una especie de cola secundaria, corta y ancha. El día siguiente la cola presentó un aspecto que nunca se había observado en los cometas; era torcida y rota, separada por nudos y formando aglomeraciones; nebulosas, el conjunto se parecía á una antorcha agitada por el viento. La cola pequeña secundaria se había separado, y todo el cometa era mucho más brillante. La cola se había roto y parecía formada por aglomeraciones de masas nubosas; una de estas masas estaba completamente separada del resto, formando una especie de cometa independiente, separado á 1° por lo menos del conjunto. La llegada de la Luna llena impidió seguir observando estos curiosos fenómenos.

M. Barnard explica esta dislocación por una colisión del cometa con un medio resistente, un enjambre de ligeros meteoros ó cuerpos gaseosos de débil densidad.

¿No sería ésto más bien el efecto de una acción eléctrica ó magnética?

Tales son los hechos más curiosos que hay que señalar desde hace un año en los continuos progresos de la primera de las ciencias. Estos progresos

no se detienen un instante, y así como en la ascensión de las montañas, cada nuevo grado aumenta nuestro horizonte, se desarrolla nuestro saber y aumenta el interés que nos inspira el estudio de la Naturaleza.

CAMILLE FLAMMARION.

BRADICARDIA

La mayor parte de los autores, no sé por qué, al estudiar la velocidad del pulso, se han fijado más en su frecuencia (*taquicardia* y *embriocardia*), que en su lentitud (*bradicardia*); siendo así que tanto interesa una cosa como otra y que en el ejercicio clínico no dejan de presentarse de vez en cuando enfermos con un ritmo circulatorio extraordinariamente retardado. No basta para los fines de la práctica médica indicar por incidencia que, en tal ó cual enfermedad, el pulso se hace raro; sino que en ocasiones las cosas se producen de tal manera que la bradicardia llega á constituir un todo bien definido en los cuadros nosográficos, lo propio que la taquicardia, que ya se ha hecho un lugar en los tratados de patología. De todas maneras, la bibliografía ya se va enriqueciendo y merecen alta consideración los estudios que á este propósito llevan hechos Charcot, Adams, Huchard, Regnard, Comby y otros clínicos distinguidos.

Uno de estos profesores (Hu-

chard), en su excelente tratado de *Enfermedades del corazón*, apunta una clasificación etiológica que resume, sino todas, la mayor parte de las bradicardias, así fisiológicas — ya que hay familias de bradicárdicos — como patológicas, que son las más. Por mi parte he podido observar un grupo que no está incluido en aquella obra y que podría denominarse *profesional*. — En su apoyo puedo decir que he comprobado gran número de veces, en mi servicio de Clínica Médica, que varios individuos dedicados á trabajos mecánicos diversos (labradores, peones, mozos de cordel, etc.), á los pocos días de permanencia en el Hospital aquejados de procesos agudos de poca entidad, como catarro gástrico, bronquitis, etc., presentan pulso lento (60, 50 y hasta 40 pulsaciones), aun sin entrar en convalecencia, lo cual es notable; pues de otra manera nada tendría de particular, sabiendo como se sabe que los convalecientes de varios afectos febriles intensos, en vez de un pulso normal ó hasta acelerado, á veces lo muestran lento.

Para que la bradicardia constituya, por decirlo así, proceso definido, es preciso que el retardo del ritmo sea permanente, lo cual no ocurre en los casos anteriores y en muchos otros de clasificación de Huchard. En la colhemia, en la intoxicación saturnina, digitálica, nicotínica y ciánica, en la uremia, en la congestión cerebral, en diversas afecciones vis-

cerales que determinan un reflejo y hasta en algunas cardiopatías y enfermedades vasculares, el pulso puede retardarse á título de cosa más ó menos transitoria y su aparición ó desaparición viene subordinada á los cambiantes que se operan en el proceso productor. Pero en cambio, en otras circunstancias la lentitud es fija, y por serlo y por hacerse compatible con la vida, por algún tiempo, imprime carácter á una determinada afección. De ahí esa nueva enfermedad llamada de *Stokes-Adams* y que no es más que una bradicardia cardio-bulbar, de la cual referiré un caso clínico; proceso de todo punto distinto por su expresión sindrómica, de la neurosis cerebrocardíaca ó *enfermedad de Kriessaber*: en ambas se establece una relación estrecha entre el funcionalismo cerebral y el del corazón, pero así como en ésta el pulso tiende á la taquicardia, como en la *enfermedad de Basedow*, y hay palpitaciones, en aquella el pulso es lento como en camino de una suspensión y con amenazas de síncope. Es probable que en la enfermedad de *Stokes-Adams* y en estas otras desempeñe más importante papel el juego de la inervación central que las lesiones cardíacas—ya que éstas pueden ser puramente funcionales—; pero en cambio á veces se relaciona la bradicardia con las cardiopatías, como lo demostrará el otro caso clínico que describiré.

1.—*Caso de bradicardia car-*

dio-bulbar (Enfermedad de Stokes-Adams). — Era un enfermo sexagenario, sin antecedentes neuropáticos, ni sifilíticos, ni artríticos, ni de alcoholización. Hombre, si, algo gastado por el trabajo, pero sin otra anamnesis que los primeros indicios de la esclerosis revelada por poliuria simple y, como tal, sin marca alguna en la orina de albúmina y glucosa, y sin más productos nitrogenados y fosfatados que los del índice normal. Así las cosas, tuvo ocasión de observarle despues de habérsele desarrollado, desde algunos meses, el siguiente síndrome:

Languidez general, sin gran desnutrición; piel y mucosas pálidas; dispepsia gástrica atónica y estreñimiento de vientre. — Ninguna perturbación intelectual y afectiva, ni sensorial permanentes; pero en bipedestación y todavía más en la marcha produciase de vez en cuando algún vértigo y también, con ciertas intermitencias y sin regla fija, algún zumbido, ora como ruido de cascada, ora como un sensación pulsátil; por lo demás, todos los sentidos estaban libres, lo propio que los reflejos cutáneos y musculares. El sueño normal. Pero bruscamente este estado quedaba interrumpido por la aparición de un ataque epileptiforme que se desarrollaba sin periodicidad, aunque con una frecuencia cada vez mayor. Sin aurora alguna, el enfermo fijaba la mirada, con paralelismo de los globos oculares y con dilatación pupilar,

palidecía el rostro, percibíase un débil ruido gutural, perdía el conocimiento y caía derrumbado al suelo, si al comenzar el ataque no estaba en cama, ó sentado. Tras esto, un breve instante de convulsión tónica mantenía rígido el cuerpo y vultuoso el rostro, pero en seguida comenzaban las convulsiones clónicas, de escasa fuerza, pero generalizadas unas veces por todo el cuerpo ó circunscritas otras á los músculos de la cara y de los miembros superiores. De todos modos la crisis convulsiva era breve, sin espuma en la boca, ni mordedura de la lengua, ni aprisionamiento del pulgar. Terminaba el acceso con un breve período de sopor, después del cual volvía el enfermo á la situación ordinaria, pero sin recuerdo alguno de lo que le acababa de ocurrir.

Siempre lentitud del pulso, en el sueño y en la vigilia, echado el enfermo en la cama y de pie. Su frecuencia normal era de 26 pulsaciones, pero rítmico, acompasado, igual y con buena presión. Pero en determinados momentos sobrevenía un acceso de bradicardia aún más acentuada, pues el pulso latía por espacio de un cuarto de hora 6 veces (sic) por minuto, es decir una pulsación cada 10 segundos (1). A pesar de tan extraordinaria lentitud, si bien el enfermo durante la crisis palidecía y se enfriaba un

tanto de nariz y extremidades, no entraba en síncope, ni sentía opresión de pecho, ni se le nubilaba la inteligencia; tampoco el ataque era el anuncio de un nuevo golpe epiléptico, ni la consecuencia de algún ictus apoplético, sino que se producía sin preludeo y se borraba sin estela de su paso: hecho raro porque en la enfermedad de Stokes - Adams, clásica, suele empalmar la exageración de la bradicardia con alguna crisis de epilepsia ó de síncope.

La inspección cardiaca y de los grandes vasos, aparte de lo referente á la lentitud del ritmo, era negativa en los períodos de calma. El corazón latía en su sitio, las líneas pleximétricas normales, el timbre y el tono de los ruidos no ofrecían alteración; sólo el pequeño y el gran silencio, como ya se puede suponer, eran tres veces más largos que el estado normal, ya que el centro circulatorio sólo daba 26 revoluciones en un minuto, en vez de 76. Pero durante el bajón bradicárdico, la auscultación era notable, pues permitía percibir un solo ruido largo, tembloroso, vibratorio como el de peonza (rurururu) seguido de un silencio tan prolongado que asustaba por parecer que era indicante de un síncope.

Tal estado, con alternativas de paroxismos y de relativa calma fue sosteniéndose por espacio de meses; pero, gracias á la miseria de tan lenta circulación, el enfermo fue languideciendo hasta la caquexia. Por otra par-

(1) El Dr Comby, médico del Hospital Tenon, cita un caso de 5 pulsaciones.

te, los ataques epileptiformes fueron gradualmente convirtiéndose en pequeños ataques apoplécticos que se desvanecían sin dejar sello paralítico y al fin el enfermo murió por síncope.

Este caso encuadra perfectamente con el síndrome de la enfermedad de Stokes-Adams, que se caracteriza por tres factores principales: lentitud permanente de pulso, ataques epilépticos y ataques de síncope ó de pseudo-apoplejía, sin parálisis.

2.—*Caso de bradicardia por causa emocional.*— Un hombre de cincuenta y seis años de edad, robusto, casi hercúleo y sin antecedentes morbosos conocidos, fué presa una noche de horrible pesadilla. Soñó, con ese lujo de detalles de ciertos ensueños, que le habían condenado á muerte en garrote vil, que le metieron en capilla, que al llegar la hora fatal fue conducido al patíbulo y que sentado ya en el banquillo, al sentir aplicada á su cuello la fría argolla, despertó con una congoja indecible. Desde aquel momento el enfermo comenzó á sentir opresión de pecho y su pulso, hasta entonces normal, se hizo lento, latiendo 40 veces por minuto. En este estado me encargué de su asistencia.

Antes de aquella noche el paciente nunca había notado la menor dificultad de respirar; por otra parte, ni era reumático, ni sifilítico, ni bebedor; y si fumaba, lo hacía sin el menor abuso: en una palabra, carecía de historia cardio-vascular. Al revés del enfermo an-

teriormente descrito, no ofrecía ningún indicio epiléptico, ni de pseudo-apoplejía; tan sólo en la bipedestación y en la marcha experimentaba algún pequeño vértigo: los reflejos también eran normales. La exploración cardiaca, empero, acusaba unos dos centímetros de aumento en las líneas pleximétricas verticales y transversales, por manera que la punta del corazón latía en el sexto espacio y debajo del apéndice xifoides; los ruidos, aunque normales, quedaban reforzados no sólo en la totalidad de la región precordial, si que también en el arranque de los grandes vasos; el movimiento cardiaco, aunque lento, era rítmico y los puntos desplegados: de todo lo cual deduje, dada la constitución atlética del enfermo, que existía una hipertrofia de corazón generalizada. Nada por parte del aparato respiratorio, ni del renal.

A medida que trascurrieron dos ó tres meses, la impulsión cardiaca y la fuerza del pulso decayeron, los ruidos fueron debilitándose, especialmente el primero que casi llegó á borrarse, todo lo cual era indicio probable de una degeneración grasosa del miocardio; el pulso siempre lento (40); atonía cada vez mayor del trabajo digestivo; disminución de la secreción urinaria aunque conservando el líquido su normalidad química; dificultad de la deambulacion por disnea creciente y por sensación vertiginosa; edemas de las extremidades inferiores, caquexia y muerte.

Este caso de bradicardia desde luego es muy distinto del anterior, por la falta de los dos trastornos cerebrales característicos de la enfermedad Stokes-Adams—los ataques epilépticos y los de síncope ó pseudo-apopléticos—y porque era evidente una cardiopatía, sin duda anterior al retardo del ritmo circulatorio. Pero ello es que el enfermo no había mostrado desórdenes de circulación, hasta que á raíz del relatado ensueño se produjo la lentitud del pulso, lo cual indica una relación estrecha entre la velocidad de los movimientos cardiacos y el funcionalismo cerebral. Bajo este supuesto, bien puede establecerse cierta solidaridad patogenética entre las bradicardias y las taquicardias, por más que en éstas puedan contarse hasta 200 y más pulsaciones por minuto y en aquellas sólo 20, 10 ó menos; siempre se ha de reconocer en ambos casos, exista ó no exista lesión del corazón ó de los grandes vasos, una ingerencia de primer orden por parte del pneumogástrico, ora aflojándose su acción retardadora del ritmo, ora acentuándose más del grado ordinario. Procesos los dos muy temibles, pero siempre mejor tolerado el taquicárdico que el bradicárdico, porque si bien el primero puede, durante la crisis, favorecer los procesos congestivos del aparato respiratorio ú otros y á la larga las ectasias cardiacas, el segundo compromete más de cerca, porque la lentitud del riego deja en

gran desamparo las energías viscerales, favorece la anemia cerebral y abre la marcha á la caquexia.

DR. ROBERT.

CARLYLE.

El genio, que así puede llamarse sin duda, de Carlyle, es, entre todos los de Inglaterra, el que más tiene del espíritu alemán el que mejor recuerda la antigua, obscura comunidad de origen; y sin que se pueda decir de él que es una de esas almas cosmopolitas de que hablaba con gran perspicacia un malogrado crítico francés, Hennequin, si cabe asegurar que Carlyle, inglés y muy inglés, por muchos aspectos, se diferencia de la mayor parte de sus compatriotas por varias cualidades, que le acercan al carácter alemán. Cierta es que, en general, se observa en Inglaterra una muy acentuada diferencia de condiciones espirituales entre las pocas almas delicadas, escogidas, que allí, como en todas partes, puede haber, y el vulgo de los ciudadanos, aun contando á los más de los que se distinguen en la política, el comercio, la ciencia, etc., etc. Las notas con que suele señalarse el carácter inglés en los estudios vulgares de aquella tierra, notas que pueden ser tomadas por la observación superficial del primer viajero que pasa por las islas, no suelen ser aplicables á los grandes poetas británicos, ni en general á los artistas eminentes de aquel país; los hombres notables de la política, de los negocios económicos y aún de la ciencia, por lo general se separan menos del inglés que, como estereotipado, tiene el vulgo en la imaginación y en la memoria. Pongamos un ejemplo. Examinando

Fouillée la Filosofía del Derecho, según lo entienden los pensadores ingleses, puede reconocer como nota general en todos ellos la del interés; el aspecto utilitario práctico, como el característico en las teorías morales y jurídicas de los más insignes autores, como Bentham, el que no quería que se le hablase de *relaciones*, sino de placeres y penas: Burke, el enemigo de los *derechos naturales* del hombre; James Mill, los Austin, Stuart Mill, Bain, Grote, Spencer y otros muchos. Siguiendo esta corriente de utilitarismo, no hacen todos esos sabios más que conformarse con la tendencia general de su pueblo, obedecer al carácter ordinario, seguir instintos que les son comunes con el vulgo, aunque en ellos estén como ennoblecidos por sabia reflexión y miras elevadas. Pero ensáyese un análisis del genio inglés en sus poetas líricos más insignes, entre los de la época moderna, ó en sus artistas de cierto género: verbigracia, los pre-rafaelistas, y se verá que en ellos lo característico es, más bien que seguir la corriente de ese positivismo nacional, contrariarla, protestar contra ella, llegar en su oposición á los idealismos más etéreos, y hasta buscar modelos, ideales históricos y aun tierra que pisar muy lejos de la industriosa y práctica Inglaterra. Grecia é Italia, y sus literaturas y sus artes, vienen á ser como refugio y consuelo de esas almas escogidas que emigran del utilitarismo frío, aunque poderoso, del moderno *Imperio romano*, del pueblo inglés, á quien compara, con razón, con la antigua Roma, utilitaria y fuerte, egoísta y tenaz, un ilustre jurisconsulto alemán. Baste citar, para ejemplo de que la gran poesía lírica inglesa es enemiga del espíritu predominante del país, los nombres de Byron, Shelley, Keats y Rossetti. En Byron la oposición, la guerra al *cant* y á

las preocupaciones nacionales, fué viva, ruidosa, excesiva, en los otros tomó otros aspectos, que no es el del caso examinar ahora. El que quiera cerciorarse de esta afirmación que yo solo apunto, no tiene más que leer la mayor parte de los ensayos de Matthew Arnold, un crítico inglés que hizo ruda campaña contra ese utilitarismo de su patria, que Inglaterra ostenta como un título de gloria.

En cuanto á Carlyle, de quien ya he dicho al principio que era un inglés muy inglés en cierto sentido, si se diferencia de la generalidad de sus compatriotas, es por ser original en todo, á su manera; no de ese modo desinteresado, *lírico*, por decirlo así, de los poetas y pintores. Carlyle es poeta también, no cabe duda, un filósofo poeta; su obra general es una inspiración constante, un verdadero transporte poético que llega á fatigar á Taine, como ya veremos; es un poeta que sugiere al lector su entusiasmo y, que si no logra tal sugestión, no puede ser bien comprendido, juzgado con justicia; pero, á pesar de esto, lo que hay de filósofo, de sabio, en este poeta, permanece fiel al espíritu inglés general por lo que toca á buscar en el fondo de las ideas, de la meditación más abstracta, algo práctico, *real* como él dice, siquiera se trate de la realidad suprema, ó sea la de la salvación del alma, esto es, la elevación del espíritu al más alto grado de bien moral posible. Así se explica que hablando de ciertas teorías de Stuart Mill, en las que se llegaba por el *interés* al *altruismo*, á la caridad, Carlyle dijera que aparecía un nuevo *místico*; así se explica también que siendo Carlyle tan idealista, que Taine creyó poder titular el libro que á Carlyle exclusivamente consagra, *El idealismo inglés*, sea un idealista, sin embargo, á quien no se le cae de la boca lo

real, la realidad; que constantemente perora contra la inanidad del *dillettantismo* de la pura especulación absolutamente desinteresada. Aunque Carlyle no sea un puritano en el sentido estrictamente histórico, como se ha dicho demasiadas veces, sin recordar textos concluyentes que lo contradicen, es indudable que, como un puritano, está constantemente preocupado por el problema de la conducta, y que solo da valor á las cosas que sirven de cerca ó de lejos para llevarnos á obrar bien, que es para él la cuestión suprema. Tal vez las páginas menos transparentes, menos inspiradas por el gran numen de la razón adivinadora, son en Carlyle las que consagra á limitar una y otra vez el horizonte de las idealidades legítimas, negando el derecho á la vida, al puro ensueño artístico y á la pura contemplación filosófica sin trascendencia ética ni práctica. En tal sentido, Carlyle es tan inglés como el primero; su idealismo no es como el que Taine con tanta elocuencia admira en la desinteresada especulación de griegos y alemanes, los pueblos filósofos por excelencia.

¿En qué consiste, pues, el germanismo de Carlyle? Pudiera decirse que en casi todos los demás caracteres. Pero en ese germanismo hay que distinguir dos cosas: por un lado, lo que puede presentarse como característico de las razas del Norte y opuesto al genio latino; en tal sentido es el autor de *LOS HÉROES*, entre los escritores modernos, uno de los que mejor representan el espíritu del Norte en general, el espíritu llamado con mayor ó menor propiedad teutónico; pero en este respecto sus cualidades no se oponen á las de los otros ingleses, pues son comunes á ingleses y alemanes, y aun á otros pueblos. Por otro lado, hay que considerar el germanismo como algo particular

y que cabe oponer al carácter británico, ya distinguido después de tantos siglos de vida aparte é influido por otro clima y otras razas; y aquí es donde se podrá ver á Carlyle como el inglés más alemán (y menos inglés en tal respecto) entre los hombres eminentes modernos de la Gran Bretaña.

En cuanto tipo característico del genio del Norte, opuesto al llamado en general latino, y en otro sentido clásico, Carlyle tiene tan acentuadas las notas propias de esa diferencia, de que tanto se ha hablado, que en él no se ven, como en tantos otros del Norte ó del Mediodía, medio borradas las señales de raza por la influencia de la cultura y de la filosofía cosmopolitas, sino que más bien parece que renacen en tal escritor las antiguas vaguedades de la inspiración soñadora, desordenada y profunda, todos los rasgos que hacen de los orígenes de la poesía y de toda la vida intelectual del Norte, cosa tan opuesta á la plácida, serena, bien ordenada musa de los orígenes de nuestra civilización clásica. Se ha dicho, con razón, que estos hombres del Norte no hablan, cantan ni escriben pensando en el público, adaptándose á las condiciones de éste, sino como en la soledad, por sí mismos, y como diciendo: *quí potest capere, capiat*. Si en los libros retóricos de los Cicerones y Quintilianos se ve la constante preocupación de agradar, de caer en gracia, de obtener buen éxito, puede decirse que toda esta preceptiva es inútil para los Carlyle antiguos y modernos, que no se preocupan ni más ni menos de semejantes fines porque buscan el resultado por otro camino. El lector es el que ha de procurar entender, ponerse en la situación necesaria para penetrar la idea y el sentimiento del autor. Tanto peor para el que no entienda si la lógica de la pasión, de la idealidad del

entusiasmo, del subjetivismo, en suma, del autor, no coincide con la arquitectónica de una retórica, hecha en frío, en abstracto, para tal género de obras anónimas, no para tal obra de este hombre de carne y hueso, de espíritu, de ensueños y de pasiones.

Se ha hablado mucho, aún para alabarle, de las *humoradas* de estilo, plan, imágenes, ideas, etc., de Carlyle, de sus exageraciones, de sus pruritos y casi casi pudiera decirse muletillas. A Taine le ha servido todo ello para inventar frases muy ingeniosas, descubrir símiles llenos de pintorescas y expresivas imágenes; es una delicia leer lo que se le ocurre para retratar, mediante un cúmulo de *petites faits*, de rasgos de pormenor, las graciosas extravagancias de Carlyle; pero yo declaro que me parece que á Taine se le pega algo del carácter de Carlyle, al describirle; él también exagera. Es muy fácil llamar á un hombre *humorista*, y con esto reconocerle multitud de gracias estéticas, de dones poéticos, de delicadezas psíquicas, para reservarse el derecho de estar, subrepticamente, pudiera decirse, considerándole siempre como un *menor*, como un gran *enfant terrible* y acabar por abandonarle para irse á saborear las tranquilas y juiciosas páginas de un Macaulay, que no cansan como el misticismo constante del *humorista*. Y después de todo, ¿qué es un *humorista* para Taine? Algo secundario, sin duda, como implícitamente viene á reconocer al maltratar como maltrata al humorista por excelencia, á Juan Pablo Richter, á quien él no se explica que admirase tanto Carlyle, que no se postraba ante Voltaire. No diré que Taine acabe por llamar mastodonte á Carlyle, porque por eso empieza. En efecto: en la primera página del hermoso, pero deficiente libro que le consagra, dice el crí-

tico francés, al pie de la letra: "Se descubre, por fin, que se está delante de un animal extraordinario, resto de una raza perdida, especie de mastodonte en un mundo que no está hecho para él".

A estas horas, habiendo cambiado mucho las cosas desde que Taine escribió así en pleno florecimiento del empirismo filosófico, es posible que el ilustre historiador de los hechos menudos reconozca, con su gran imparcialidad, que Carlyle no es tan mastodonte, por lo que toca á pertenecer á una fauna que ya no encuentra en el mundo medio propio para sus condiciones fisiológicas; el gran idealismo de Carlyle se parece más al espíritu que va predominando en la filosofía y en el arte modernos, que las teorías y procedimientos que dominaban cuando Taine escribía su *Idealismo inglés*. No: no son, en rigor, tan extrañas y de otros tiempos la religiosidad de Carlyle, sus vaguedades idealistas, sus rasgos de fé racional, su respeto y como adoración poética al misterio, en el cual encuentra como un coeficiente de la misma reflexión filosófica esa constante referencia á lo que no se sabe, pero que se ha de tener en cuenta, porque influye en nuestra vida como la atracción entre los astros; esa especie de filosofía musical, pudiera decirse que no desecha por inútil el factor de lo inefable y no se atiene, para pesar la realidad, á lo que puede ser apreciado en la balanza de un estrecho intelectualismo; no son antiguallas de Carlyle, sino *maneras* modernísimas de los pensadores flamantes, de los psicólogos más sutiles y escrupulosos, que, en su análisis van mucho más lejos que el autor de *La inteligencia*, pero van por diferente camino. Lo diré con franqueza: la filosofía de Taine, aunque muy respetable, ha envejecido más con su claridad y minucioso

examen de las apariencias y sus nombres, que las intuiciones poderosas y profundas de lo que se llama el misticismo de Carlyle. ¡Cuántas cosas he visto demostradas en los psicólogos de estos días que ya en Carlyle se anunciaban con fórmulas de una fe poética, sugestiva y profética! Dando todo este valor, que sí lo tiene, al íntimo pensamiento de Carlyle, que bien se deja ver, y muchas veces en todos los pasajes de sus obras en que debe verse; reconociendo esta importancia á su modo de entender la relación del pensamiento humano con el problema de la realidad, se puede llegar, como yo creo haber llegado, á no considerar tan extravagante y desordenado, tan caprichoso y *humorístico*, el procedimiento literario del autor de *Sartor resartus*. Según se penetra en lo que, en cierto sentido sólo, se puede llamar su sistema, se le va tomando cada vez más en serio; se ve en su idea una perenne actualidad, como en la idea de todos los grandes pensadores: y los recursos de estilo *sui generis* que al lector superficial tanto llaman la atención en este autor, ya no parecen tan extraños, apenas si se fija la atención en ellos, y se les viene á reconocer la legitimidad de lo oportuno, porque son medios de expresión propios de aquel temperamento, de aquel corazón, de aquel cerebro. Carlyle no se mostraría tal como es, ni podría decir todo lo que tiene que manifestar, tal como lo piensa y lo siente, si no contara con esta manera *humorística*, ó lo que se quiera, que es poderosamente significativa de la singular subjetividad de aquella alma grande y excepcional sin duda.

Nada más natural que de vulgo á vulgo, de alma cortada por patrón conocido á otro de la misma clase, el lenguaje sea, según modelo, fiel á una retórica ordinaria, su-

jeto á un formulario que abrevie las razones y facilite la inteligencia; la claridad, la precisión, el orden, la composición armónica, se consiguieren en tal caso obedeciendo á un paradigma lógico y gramatical que se enseña en los buenos liceos franceses, v. gr; pero ciertos espíritus, los más raros, aquellos justamente cuyo fondo más importa conocer, no expresan fácilmente lo que es la realidad al transformarse en sus propio sentimientos y en su idea; el lenguaje ordinario no basta, no sirve; los moldes hechos, que expresan por aproximación el término medio de la percepción y la impresión vulgar, son inútiles aquí; y la gran lucha consiste en conseguir por medio de la palabra reflejar al exterior algo, nunca mucho ni lo más íntimo y mejor, de la *propia* riqueza espiritual, de la visión del mundo, según el color y el dibujo que toma al refractarse en el denso medio de una alma original y fuerte, de espontánea virtualidad receptiva.

Si Carlyle no hubiera podido encontrar un estilo en armonía con su originalidad espiritual; si hubiera sido un escritor vulgarmente correcto, *compuesto* y morigerado, conoceríamos un retórico más, pero no al Carlyle que aquel escritor llevaba dentro. Considerando todo esto así, ya no parece el *humorista* inglés tan extravagante é inarmónico. La gran extravagancia sería imitarle no siendo *por dentro* como él era.

Hechas las salvedades anteriores, reclamadas por la justicia y la exactitud dejando ya la digresión, vuelvo á reconocer Carlyle las cualidades del espíritu del Norte, que son tan opuestas á la de nuestra raza del Mediodía, cuyos hombres más perspicaces tan difícilmente aprecian, á través de la relativa incorrección, del aparente desorden y la nebulosa vaguedad, todo el

valor intrínseco del genio germánico. Más en este punto yo no he de repetir los cien lugares comunes con que una y otra vez, con mayor ó menor elocuencia, se ha pintado el contraste de uno y otro arte. El mismo Taine ha sido de los que mejor han señalado esta oposición de caracteres, y lo que al considerar á Carlyle en este respecto escribe, ni tiene, á mi juicio, enmienda, ni necesita ampliación: "Carlyle es profundamente germano, más cercano á la estirpe primitiva que ninguno de sus contemporáneos. (1) Así dice el crítico francés, y sigue examinando todas las grandezas y pequeñeces que en el lenguaje, en el estilo, en la composición, en las imágenes, en la dialéctica, en las aficiones intelectuales, estéticas y morales, muestran en el autor de *Sartos resartus resortees* el ejemplar más característico del genio de la raza.

Más, recordará el lector que antes decíamos que en Carlyle había también algo, y aún mucho, del carácter alemán, ya diferenciado del inglés; por lo cual puede añadirse á las palabras de Taine que se acaban de copiar: "Carlyle es el escritor inglés que más se separa del carácter inglés, para acercarse al alemán".

Se acerca, más que por el fin que persigue, que ya hemos visto que es, aunque noblemente, interesado, un fin *real*, como él dice, un fin *útil*: el de encontrar la luz para la buena conducta, para guiar el alma en el camino del bien; se acerca por los medios que escoge, por la índole de su especulación y por las tendencias de sus gustos y de sus estudios.

Renán es el francés más alemán, sin dejar de ser en la forma el más puro francés, á no ser en una obra de su juventud, publicada en la ve-

(1) *L'idéalisme anglais*, pag. 24.

jez, donde fondo y forma tienen algo de alemanes. (2) Pero como observa con razón el crítico tantas veces citado, es más difícil ser el anglo-alemán que el francés-alemán, tratándose de la alta actividad intelectual; porque en Inglaterra la aptitud para las ideas generales, y el aprecio que de ellas se hace, son mucho menores que en Francia. Si Alemania es la tierra que produjo los grandes filósofos, los revolucionarios de las ideas generales, Francia es la tierra que produjo la revolución material, práctica, por ideas generales también; mientras Inglaterra es el país de la evolución lenta, de miras interesadas, con atención al propio derecho al de cada cual, no á los derechos *humanos* (3); y en ciencia, es el país de los análisis empíricos, de pormenor, con propósito particular, en busca de una ley que sirva para ligar la serie de unos cuantos hechos que importa conocer, sin preocuparse del enlace supremo de esa ley con otra superior á todas y explicación de todo. En este sentido, Carlyle apenas es inglés; no es que desprecie el estudio del pormenor, la escrupulosa busca de datos precisos, pues como historiador ha dado pruebas de atender á este cuidado, condición esencial de todo restaurador de vida pasada, de hechos desaparecidos, más en este respecto, también los alemanes son partidarios del pormenor, y nadie más minucioso y escrupuloso que ellos cuando se trata de informes, documentos, fuentes, datos, etc., más ni Carlyle, ni en general los alemanes (los de los tiempos mejores) sobre todo, los que Carlyle estudiaba y admiraba, se detienen en el análisis del porme-

(2) *L'avenir de la science*.

(3) El mismo Macaulay lo reconoce en las primeras páginas de su ensayo sobre la Revolución de Inglaterra.

nor, ni por él comienzan sus grandes concepciones, ni limitan á tan modesta aspiración al alcance de sus especulaciones. Ni Carlyle ni pensador alguno, entre los grandes de Alemania, se contentaron con menos que un concepto general del mundo, algo que responda al gran anhelo metafísico, aunque así no se llame; Carlyle no puede satisfacerse con *disecar* detalles, pues él mismo declara que el verdadero conocimiento es algo vivo, algo que abarca el objeto en su realidad toda, penetrándole hasta con el efecto. Para conocer una cosa, dice, lo que se llama conocerla, hay que amarla, simpatizar con ella.

No se aman los detalles, los fragmentos de verdades y de cosas; para conocerlas amándolas, es necesario verlas enteras, vivas, en el enlace orgánico con toda la realidad, y esto solo se consigue á partir de una idea unitaria, un concepto del mundo, mejor, una visión, una intuición, una creencia, y nótese que esta es la primera cualidad que Carlyle exige á sus *héroes*; el grande hombre, sea *dios*, sea profeta, sea sacerdote, sea poeta sea literato, sea rey ó capitán lo primero que necesita es la presencia de la verdad del mundo en su conciencia; no dudar, no vacilar no presumir; ver, tocar, sentir la realidad de su idea: para mover á una gran masa humana, para imprimir huella en el mundo, hay que tomar en serio la vida, hay que darle la importancia capital, suprema, que tiene; sin esto, no hay hombre para Carlyle, no hay grande hombre, no hay genio. ¿Y quién puede ver así, con esa seguridad de ver, con esa firmeza de la visión? La imaginación, contesta Carlyle; la fantasía, que es el órgano de la percepción de lo divino. El entendimiento no es más que una ventana, añade. Para Carlyle, las cosas particulares, aisladas, son, como tales,

en rigor, una apariencia, símbolos; si no fueran más que eso que parecen, no serían nada; su verdadera realidad, la que *merece la pena* de amarla y estudiarla, es invisible, está en la obscuridad, en el fondo... y también en el misterio. Porque es de notar que si Carlyle, como los alemanes de su altura, necesita ver en el mundo primero lo general, lo uno, lo que dé razón de todo, no por eso es autor de un sistema completo y cerrado de filosofía; trata de estas materias un poco á lo mero literato, á lo *hombre de mundo*, y no hay que buscar en él una filosofía sistemática *formal*, pero sí una creencia racional, fundada, no detallada: no pretende haber pensado en todo, haber encontrado una clave de explicación universal, como que el misterio es uno de los elementos de *su* filosofía; la *suya* la que le sirve á él para creer en la realidad, sería, importante; segura, como creen sus héroes. Por no tener sistema, no tiene siquiera el del sentimentalismo, como fuente de conocer, á lo menos con el alcance que tiene tal doctrina de lógica y estética en un Jacobi, por ejemplo, ó en el Schelling de la segunda *manera*.

La victoria que Carlyle pretende implícitamente haber conseguido sobre el escepticismo, el pesimismo, la vacilación, la incertidumbre, es subjetiva, personal, propia de Tensfeldræckh, el personaje en que se pinta á sí mismo: "Su método, dice, no es el de la vulgar lógica de las escuelas, en que las verdades van unas tras otras en fila, agarradas cada una á los faldones de la otra...; su filosofía es una grandioso laberinto que, dígame lo que se quiera, no carece de plan".

Si hay algo opuesto á tal método y á tal modo de ver la realidad, es, en general, el método inglés y los sistemas filosóficos ingleses. No digo que en adelante sea lo mismo

siempre, que las modernísimas tendencias del pensamiento filosófico, y particularmente las psicológicas, no puedan hacer que Inglaterra se abra paso la idealidad filosófica que existe ya en Carlyle y en otros pocos, sobre todo, entre los pensadores que hoy son jóvenes todavía pero es evidente que los nombres clásicos, príncipes de la filosofía inglesa, representan en ese método y esa metafísica tendencias bien opuestas á las que acabo de indicar en Carlyle. Compárese, por ejemplo, la lógica de Stuar Mill y los procedimientos (más bien que los resultados últimos) de toda la filosofía de Spencer, con las palabras de Carlyle que dejo copiadas pocos renglones más atrás, y se verá cómo resulta el contraste.

Pero aún se hace más gráfico pensando en otro autor inglés, que no se consagró á la filosofía directamente tal, sino á estudios más parecidos á los de Carlyle mismo, y también considerándolos desde gran altura; compárese á Carlyle con el ídolo de tantos ingleses y de muchos continentales que adoran á los ingleses: compáresele con Macaulay.

Ya lo hace el mismo Taine al final del libro en que al empezar llama á Carlyle mastodonte; reconoce el autor francés que acaso hay menos genio en Macaulay que en Carlyle; pero confiesa que cuando se ha mantenido cierto tiempo el alma con la lectura de aquel estilo *demoníaco y exagerado*, de aquella filosofía extraordinaria y malsana, de buen grado se vuelven los ojos á la elocuencia continua (¿oratoria?) á la razón vigorosa, á las previsiones *moderadas*, á las teorías *probadas* del generoso y sólido espíritu que se llamó Macaulay.

Acabar un estudio de Carlyle con una apología ó necrología encomiástica de Macaulay, no parecerá lo más oportuno, ni acaso lo mejor

intencionado, á quien sepa que el público inglés tuvo por largo tiempo establecida una especie de rivalidad entre el autor de la *Revolución francesa* y el de la *Historia de Inglaterra*, los ilustres tocayos. La inmensa mayoría de los ingleses se inclinaron como M. Taine, del lado de Macaulay, sin negar tampoco el genio del otro; es natural que esto hagan la generalidad de los ingleses y el autor de la *Historia de la literatura inglesa*, muy francés sin duda, pero mucho más inglés que alemán, á lo menos en filosofía.

El sistema de las comparaciones es malo cuando se convierte en un parangón, y yo no quisiera caer en el defecto de echar luz sobre lo que prefiero, acosta de acumular sombras en otra parte; deficiencia crítica muy generalizada, y en que también incurre muchas veces Carlyle, contradiciendo su criterio ordinario, y contradiciendo, particularmente, terminantes juicios suyos, escritos antes. Sea ejemplo lo que dice de Mahoma en los *HÉROES*, cuando, después de haberle absuelto, vuelve á considerar su vida y su obra para compararle con otros grandes hombres.

¡Dios me libre de escribir ni una palabra, ni de indicar una reticencia que pudiese tender á aminorar en alguno el entusiasmo por Macaulay! Yo me contento con reconocer que, en efecto, representa, en muchos respectos, en bien y en mal, lo contrario de Carlyle; tiene grandes cualidades que á éste le faltan, y que generalmente, sobre todo en Inglaterra y donde se imita á Inglaterra, son de las que más se aprecian; en cambio, ciertas limitaciones del gran talento de Macaulay corresponden á regiones del espíritu en que al alma de Carlyle se abren horizontes infinitos. En cuanto al mérito relativo de uno y otro, yo solo diré que los entusiastas de Carlyle le llaman genio; ven

en él uno de los *héroes* que pinta, y esperan que la posteridad confirme su creencia; por su parte, los más ardientes panegiristas de Macaulay, tal vez imitando su prudencia, se contentan con ponerle á la cabeza de los historiadores artistas y críticos sabios del siglo XIX (4).

Lo que es indudable que Macaulay es, por cien respectos, mucho más inglés que Carlyle, que no en vano pasó la vida enamorado de los grandes hombres de la literatura y la filosofía alemana, y no platónicamente, sino estudiando, comentando y propagando en Inglaterra lo que tan bien *conocía*, es decir, según él, lo que tanto *amaba*.

* * *

Pero Inglaterra, que sabe engendrar hijos que no se le parecen, sabe consagrarles culto intelectual si son dignos de obtenerlo, y sabe reparar injusticias del tiempo.

Si Shakspeare no fué comprendido, ni con mucho, durante siglos, por sus compatriotas, hoy es un ídolo con un culto en mucho semejante al que los españoles consagran á la Virgen del Pilar y los franceses á la Virgen de Lourdes; si el gran poeta Shelley estuvo por

(4) Nuestro Menéndez y Pelayo es uno de los más ardientes entusiastas de Macaulay; pero el buen juicio del insigne crítico español le hace decir: "Pero no se olvide que Macaulay es inglés, y, por tanto, poco ó nada amigo de abstracciones y de estéticas. Para él no hay más filosofía que la de Bacon... ni reconoce más método que el experimental y de observación. Pero con todas estas limitaciones de su entendimiento, que lo constituyen en uno de los tipos más *lacabados del común pensar inglés*, ¡qué observación la suya, tan profunda y sagaz!" (Historia de las ideas estéticas, t. IV, vol. II, p. 92).

Más adelante se hablará de la opinión de Menéndez y Pelayo sobre Carlyle.

muchos años oscurecido, injustamente eclipsado por la fama de Byron, hoy brilla como astro de primera magnitud, y tiene también sus adoradores, sociedades que se dedican á conservar y propagar su fama; Byron, tan perseguido en vida y muerte, es orgullo legítimo de todo inglés en el día; y este Carlyle, que tuvo muchos enemigos, que vió censuradas sus costumbres, en caricatura sus caprichos de hombre nervioso y sus descuidos de hombre preocupado con grandes ideas, hoy es objeto de general admiración en su tierra, y no se han cansado ni se cansarán en mucho tiempo la crítica y la erudición de estudiar sus obras, buscar y publicar las que pueda haber inéditas y escudriñar los incidentes de su vida.

Por desgracia, esta fama que el autor de *LOS HÉROES* conserva en su patria, aun después de once años de muerto, no se ha propalado en el extranjero, á lo menos en los países latinos, donde más convendría que cundiera el espíritu de este noble idealismo septentrional para refrescar las almas, secas de tanto intelectualismo positivista como sobre ellas acumulan las llamadas *ciencias* por antonomasia... la ciencia y lo que no es ciencia.

• En Italia no veo yo por ninguna parte la influencia de Carlyle; y no debe de ser muy estudiado, cuando su nombre no anda de boca en boca entre la gente culta, como el de otros ilustres poetas y pensadores ingleses. Los italianos de hoy, en efecto, hablan mucho de la literatura inglesa, por dos principales motivos, á mi ver: primero, por simpatía y gratitud al país que está, en lo que tiene de más floreciente en el espíritu, enamorado de Italia: Inglaterra ¿quién lo ignora? estudia, visita, *siente* á Italia como nadie; y la arqueología, la estética aplicada á las artes gráficas y plásticas, se vuelven del lado de Italia

con preferencia, en todo el Reino Unido; sobre todo, como Virgilio y los demás verdaderos poetas de Roma se inclinaban del lado de Grecia, cual ciertas flores se vuelven hacia el sol, los grandes poetas ingleses, de lejos ó de cerca, se vuelven á Italia, ya desde Shakspeare y Miltón, y más que nunca en los tiempos modernos, como bastan á probarlo los nombres gloriosos de Byron, Shelley, Keats, los dos últimos enterrados en Roma. Los poetas jóvenes, los críticos jóvenes, estudian con predilección á estos poetas ingleses por esta simpatía y gratitud. . . . y por el segundo motivo á que querría referirme: porque es moda en Italia y como prurito patriótico (pasajero sin duda) rebelarse contra la hegemonía literaria francesa, afectar desdén de las letras de París y volver los ojos á otras partes, á otros centros de vida intelectual, de poesía. Pues con todo esto, yo no sé que Carlyle que tanto bueno, sin hablar mucho, dijo de Daute, haya obtenido hasta ahora, de autores italianos, muy particular estudio.

Francia donde una juventud que anhela ideales nuevos, anchos horizontes, hace alarde de enmendar antiguos exclusivismos nacionales, volviendo los ojos y el alma á todas las literaturas dignas de estudio, en lo poco que de Inglaterra habla, no muestra que Carlyle haya sido consultado, con atención intensa á lo menos, por esas pléyades de filósofos y poetas noveles que declaran no contentarse con los maestros realistas y positivistas que les ofrecen las letras y la filosofía de su tierra en nuestras décadas.

Dado el espíritu novísimo de la juventud más culta de Francia, no se explica que Carlyle, bien *sentido*, no influya más, no sea más citado, á no ser por una casual distracción, por no leerlo bastante. Se com-

prendería este olvido si los nuevos idealistas, ó como se quiera, franceses, fueran como otros *revolucionarios* de otros tiempos que todo lo esperaban del presente y del porvenir, y nada ó muy poco del pasado: no es así; este injustísimo desdén hacia lo que fué, que tan cómodo encuentra la ignorancia que suele presidir á muchas falsas reformas no es defecto de la juventud instruída y prudente que sabe que las grandes almas, los grandes libros, las grandes empresas intelectuales, son de todo tiempo, y que el progreso no consiste en ir borrando glorias antiguas: el moderno idealismo encuentra maestros lo mismo en los contemporáneos que en los antiguos, en los muertos como en los vivos: se sabe hoy que para un empeño de renovación pueden servir ideas de generaciones anteriores, pues las ideas no siempre florecen cuando vive el que las siembra, sino que muchas veces ellas son contemporáneas de los descendientes de quien las dió á luz. Carlyle, á mi ver, puede ser mucho mejor comprendido, más *penetrado* por cierta parte de la juventud de hoy que por la mayoría de los hombres distinguidos de su época, mejor que por el mismo Taine. Yo creo que si ciertos escritores nuevos, como los P. Bourget, los Rob y otros muchos, aun más jóvenes, se dedicaran en Francia á estudiar á Carlyle, como han estudiado á otros extranjeros, verbigracia, Tolstoï, Ibsen, Shelley, etc., etc., no aplicarían al autor de *LOS HÉROES* los manoseados lugares comunes de su excentricidad, ni le llamarían visionario á secas ni creerían tenerlo explicado todo con hablar de su panteísmo ó de su puritanismo. Pero lo cierto es que esos escritores que con tanta pena se duelen de no tener guías, de no tener el ejemplo animador de un maestro,

que no encuentran en Renan mismo (y en cierto modo no lo es para lo que se pide) el Abelardo que hoy necesitan, no dan indicios de sospechar que en Carlyle, bien estudiado, hay mucho de lo que les hace falta.

Pocos meses ha, Mr de Vogüé, uno de los escritores franceses que más animan á la juventud en el camino de la restauración idealista, buscaba ayuda, en su célebre artículo *Las cigüeñas*, donde quiera barruntaba un soplo espiritual de cierto género, y recurría á los novelistas como Tolstoi, y hasta á los graves tratadistas de ciencias morales y políticas, como el simpático y profundo Secretan... De Carlyle no se acordaba para nada. ¿Por qué así? ¿Porque ha muerto? Pero sus libros viven: ahí están *Los Héroes*, que, bien leídos, son todo un programa. Que en Carlyle habrá mucha *obra muerta*, elementos de aquella actualidad suya, pasajeros, hoy anticuados, inútiles, es indudable; pero el mérito del crítico que aproveche lo que *vió* Carlyle, consiste en depurarlo, en mostrar lo que su idea tiene de permanente, lo que en ella es de una oportunidad constante. No pretendo yo, ni con mucho, emprender trabajo semejante, que ni mis fuerzas ni la ocasión me convidan á ello.

He de concretarme á la fácil, pero útil tarea de reducir á pocas páginas algo de lo principal que debe decirse respecto á la personalidad misma de Carlyle, y á la historia de su no muy accidentada vida, cuyos dramas fueron de esos que no aparecen al exterior, que pasan, dentro del alma y mejor se traslucen en los mismos escritos del protagonista.

Tales noticias, por vulgares y repetidas que sean, son necesarias en España, donde Carlyle es, para la inmensa mayoría, un desconocido.

Es claro que no he de asegurar

yo que en ningún libro notable de literatura, filosofía, historia, etc., etc., de los escritos en España, se hable de Carlyle, como no sea por incidencia: no pretendo conocer todas las cosas buenas que en mi patria se han escrito, en estos veinte años últimos; pero sí puedo afirmar que en lo mucho que de escritores españoles contemporáneos he leído, no recuerdo que las ideas ni las palabras de Carlyle hayan sido invocadas por nadie, ni aun allí donde hubieran podido ser más oportunas. No es muy general entre nosotros el amor y el cultivo de las letras extranjeras contemporáneas, aparte las francesas; pero no faltan ilustres críticos que, como Valera, verbigracia, tienen al dedillo lo principal de cuanto produce la Europa intelectual moderna, y saben traerlo á cuento con arte y gracia y oportunidad exquisitas; pues con todo eso, yo ahora, en conciencia, y á lo menos fiándome á la memoria, sólo puedo citar á un escritor español que hable de Carlyle, y ese una sola vez, y en ocasión en que era indispensable tenerle presente. Me refiero á Marcelino Menéndez y Pelayo, el cual, ¿qué autor no habrá leído, qué manifestación importante del pensamiento literario no habrá estudiado? Con gran satisfacción, lo confieso, veo que en parte coincide lo que Menéndez y Pelayo dice hablando de Carlyle (5), con algunas de las principales apreciaciones que el lector habrá visto más arriba. Para el ilustre profesor de Madrid es la teoría del *Héroe* uno de los puntos culminantes en la idea de Carlyle, y señala el crítico español, desde luego, como el carácter capital en el héroe, según Carlyle, su protenda y sincera conciencia de la realidad. Ver lá

(5) Véase *Historia de las ideas estéticas en España*. Tomo IV, vol. II, páginas 98 á 102.

realidad, darle todo su valor, ser sincero en absoluto y siempre, esto es lo esencial en el *heroísmo* del pensador inglés. Menéndez lo reconoce, como nosotros lo hemos visto más arriba. Una nota señala nuestro insigne compatriota, digna de ser considerada para dar á lo que hizo Carlyle todo su mérito: de Carlyle parten las ideas y de Carlyle es el estilo que han de influir en el famoso John Ruskin, cuyo nombre es hoy sinónimo, ó poco menos, de estética inglesa. A pesar de todo esto, se me figura adivinar que Menéndez y Pelayo no ha tenido siempre para consagrar á Carlyle toda la atención y todo el estudio que merece; si le fueran tan familiares sus obras como, verbigracia, las de Macaulay, yo creo que el espíritu imparcial, profundo, noble, sereno y prudentemente entusiasta de Menéndez y Pelayo se hubiera impresionado más ante esta figura del inglés idealista, le hubiera consagrado análisis más extenso é intenso, y nos le hubiera recomendado, con las salvedades necesarias para muchos, como uno de los grandes consejeros del alma solitaria, que tiene que vivir en el mundo desconocido, guiándose por estas sublimes voces, siempre muy lejanas, porque vienen de fuera. Sí: Carlyle es uno de los grandes espíritus con quien se traba amistad eterna, inolvidable; sus máximas de consuelo, animadoras, son de las que, en la muerte de un hombre sincero y que ha pensado, deben de ayudar á los alientos interiores, que tal vez se mezclan al delirio, por favor de la gracia misteriosa, inexplicable. . . .

* * *

En cualquier enciclopedia literaria, en cualquier diccionario biográfico, el lector puede encontrar noticias semejantes á las que siguen, á lo menos, á parte de ellas:

Tomás Carlyle nació en 1795 y murió en 1881 (6). Vió la luz en lugar cercano á Ecclefechan, en el Dumfriesshire. Las primeras letras las aprendió en su propia parroquia, y los elementos de gramática latina en Annan. Trasládose después á Edimburgo, en cuya famosa Universidad cursó durante siete años. Nadie hubiera dicho, á juzgar por sus obras maestras, que la materia científica en que al principio de su carrera se había distinguido aquel gran idealista, tan amigo de ciertas vaguedades, hubieran sido las matemáticas. Así sucedió sin embargo, y no debió de ser afición tan pasajera cuando el primer empleo que dió, á su ociosidad, al aplicar sus estudios á la lucha por la existencia fué á admitir una plaza de profesor de ciencias exactas en un colegio de Fifehire. Después, por los años de 1823, se le encuentra en un destino que tantos grandes hombres de los países más cultos han desempeñado: en funciones de director, *gobernador*, ó como se quiera llamar, de M. Buller. A pesar de estos cambios, á que la necesidad obligaría, el camino que á Carlyle se le había trazado era el de la iglesia; más, á tiempo por su fortuna, consultó su vocación verdadera, siguió sus voces y decidió ganar el pan como pudiera, entregándose á tareas propiamente literarias. Inauguró sus tareas de este género ante el público, colaborando en la *Edimburg Cyclopedia* de Breueter. Allí aparecen ya sus aficiones á la literatura europea, mezcladas con estudios nacionales: firma, en efecto, artículos en que estudia á Montaigne, Nelson, los Pitt, etc. Traduce por aquel tiempo la *Geometría*, de Legendre, pagando tributo tal vez á sus necesidades y al mismo tiempo

(6) El 6 de Febrero, en Chelsea, en los alrededores de Londres.

á su antigua inclinación hacia las matemáticas.

El primer trabajo importante en que ya vemos algo del Carlyle que admiramos y estudiamos, aparece en 1823, en *London Magazine*, y es la primera parte de la *Vida de Schiller*, la cual, en 1825, se publicó en un volúmen y mereció ser traducida al alemán con una introducción del gran poeta, de Goethe, á quien Carlyle tanto había de estudiar, comentar y defender contra el *cant* de sus compatriotas. Ya en 1824, Carlyle había traducido un libro del gran pagano. *Los años de aprendizaje de Guillermo Meister*, de aquel Guillermo Meister, de que Carlyle dice en sus "Misceláneas" tan profundas y justas cosas. Aunque menos íntima, naturalmente, aparece aquí una comunidad espiritual de Goethe y Carlyle, que recuerda la de Goethe y Schiller. A Schiller y á Goethe estudió y analizó, *amándolos*, como él decía, el autor inglés, y tal vez en lo más hondo del alma de Goethe penetró mejor y vió con más claridad Carlyle que Schiller, cuyo genio *plástico*, cuya crítica, más noble que zahorí, se acercaba menos á ciertas cualidades de Goethe, el de los sublimes cambiantes, que las intuiciones y vaguedades adivinatoras de Carlyle. Con aquella traducción de Guillermo Meister empezó á sufrir Carlyle serios ataques de la crítica inglesa, pues nada menos que el célebre Jeffrey le combatió en el citado *London Magazine*. El año de 1825, es memorable en la vida de Carlyle. Se casa. No hay aquí tiempo, ni tengo yo datos suficientes, pues de la memoria no me fio, para examinar hasta donde se pudiera, la influencia del nuevo estado en este poeta filósofico, que tanto pone de sí mismo en sus obras. Sólo diré que Carlyle tuvo por esposa una digna compañera de tan gran espíritu mujer superior sin duda, superior por

el talento, por la sensibilidad, y, sobre todo, por la superioridad más genuinamente femeninas, por la abnegación dulce, grande, graciosa de la mujer que tiene una especie de culto clásico, elegante, del deber que la ata á su hogar con lazos que Dios aprieta. Fué tan ilustre y simpática señora como una de aquellas mujeres inglesas de Shakespeare, sumisas, sencillas, nobles y graciosamente virtuosas; pero añadía á estas cualidades la cultura y elevación intelectual propias de la mujer distinguida de nuestro siglo, de prudente y relativa emancipación moral de la mujer distinguida de nuestro siglo, de prudente y relativa emancipación moral de la mujer honrada. No hablen de esto las que no lo son, sin duda, las adúlteras. La mujer tiene derecho á su alma, pero no como pretexto para recatar el cuerpo de una ley social libremente admitida. La libertad espiritual en que puede volar la esposa fiel, cuya imaginación y facultades estéticas reclaman espontaneidad, vida independiente, son cosa muy diversa del libertinaje porque aboga la desfachatada hembra que empieza por abdicar la corona de la castidad para ambicionar otras hombrunas y de talco. Ha habido *mujeres de artistas*, como algunas de las que describe Daudet, que por su incapacidad para comprender y *ayudar* á su compañero, con la especie de ayuda que Romney pedía á Aurora Leigh, en el hermoso libro de Isabel Barret Prowning, parece que en cierto modo casi justifican, ó por lo menos explican y disculpan algo la infidelidad subrepticia y *fragmentaria* del esposo, en rigor solitario *viudo*.

Más no era de éstas la compañía de Carlyle, que si no podía seguirle, ni había sueños sublimes, comprendo de ellos lo bastante para admirarle y estar orgullosa de él, y

perdonarle, aunque fuera con dolor, ciertas excursiones al país de la galantería elegante, y para convertir en una religión del hogar los disculpables caprichos y manías domésticas del buen sabio, que quería el pan cocido por su esposa, y la llevaba á sus soledades á compartir sus melancolías de genio, sin saber de las causas de ellas la esposa cosa más clara. Pero así como Federica Brion se sacrificó al amor que Goethe la tuvo, y dijo á un pretendiente que ella, amada por aquel poeta un día, no podría ser ya de otro hombre, mistress Carlyle se resignó á que su marido no la amase á ella sola con la ideal fidelidad que pide el sacramento; y si no contenta, satisfecha de sí misma, veló noches y noches junto al horno en que se cocía el pan único que había de comer aquel excéntrico personaje, tan irritado con las maldades y falsedades del mundo, de que su esposa ciertamente no tenía culpa. De lo que las manías de Carlyle hicieron padecer á aquella noble señora, se habló mucho, y se sacó partido para censurarle á él; pero es seguro que quien tanto le quería, hubiera sabido padecer aún más por librarle del desencanto de ver á la querida Inglaterra huir de los sabios y nobles consejos del autor de LOS HÉROES para empeñarse más y más cada día en el utilitarismo de los Stuart Mill y Heriberto Spencer, como con cierta fruición, nada sublime, nota Mr. Cherbuliez, al cantarle á Carlyle el entierro en el conocido estilo de la *Revista de Ambos Mundos*.

En cuanto á la delicada cuestión amorosa los críticos, ó lo que fueran, dejaron consignado que Carlyle, cuando se decidía á abandonar por algún tiempo su vida de ogro bien tratado, no tenía fuerza suficiente para desdeñar los halagos de las hermosas damas espirituales ó insinuantes que solicitaban su a-

tención y aprecio con mejores ó peores artes. No cabe negar que Carlyle, que tanto *amó* y comentó á Juan Pablo Richter, no supo imitarle en el gracioso tesón con que el humorista alemán supo rechazar las pretensiones de muchas mujeres que, tras admirarle, le quisieron para sí; pero no hay que tomar tampoco al autor de *Sartor resartus* por un Tenorio ni con cien leguas. De haber picado en escándalo sus expansiones ó debilidades del género galante, el *sant* inglés se habría valido de ellas con más eficacia.

En fin, ello fue que se casó en 1825 y se retiró, por de pronto á su quinta de Craigmputoch, en el Eumfriesshire. En 1827 se le ve colaborando en la célebre Revista de Edimburgo, y después en *Foreign Quarterly* y en *Fraser's Magazine*.

Entonces publica los artículos que constituyen sus famosas misceláneas (*Miscellaneous (Essays)*). Esta obra, sin embargo, tal como aparece en la reimpresión de Chapman and Hall de 1888, en siete volúmenes, titulada *Critical and Miscellaneous Essays*, abarco desde el estudio de Juan Pablo, publicado en 1827 en la Revista de Edimburgo, y llega á la colección tal como fue hecha en 1860 (Firs time, 1839, finul, 1869). Comprende la principal tarea de crítica literaria de Carlyle, según él la entendía, es decir, mezclándola con elementos éticos y políticos, según han hecho también tantos otros. En 1837 publica su *Revolución francesa (French Revolution)*.

Uno de los libros más populares de Carlyle, y el que le ha valido principalmente el título de humorista es *Sartor resartur*, que Menéndez y Pelayo declara digno del autor del *Quintus Fistein* y *Levana*, del famoso Juan Pablo. Esta obra, escrita en 1830, es rechazada po-

los editores, que no comprenden su extraño simbolismo; pero al fin se publica en 1838 con un éxito inmenso, asegurando á su autor una especie de principado en las letras inglesas. *Sartor resartus* sirve á Carlyle para exponer, con originalidad poética algo extraña, su simbolismo, que muchos llaman místico. ¿Qué es el hombre, pregunta, para los ojos del vulgo? Un bípedo adornado con calzones; á los ojos de la pura razón ¿que es? un alma, un espíritu, una aparición divina. Existe un *yo* misterioso, oculto bajo este *vestido* de la carne. Porque lo visible no es más que un vestido de algo superior invisible.... la cosas invisibles son emblemas.... Nuestras raíces están en la eternidad.... Parece que nacemos y morimos, pero en realidad *somos*. Sólo perecen las sombras.... Nuestros miembros, nuestros cuerpos y las pasiones.... sombras. ¿Qué hay debajo de todas estas viles apariencias? No se sabe; si el corazón lo adivina, la inteligencia lo ignora. La creación es el arco iris, pero el sol que lo produce no se ve. De él tenemos un sentimiento, no una idea, su esencia quedará siempre sin nombre, dice Carlyle en otro libro, *Past ant Present*.

Nuestro autor volvió á Londres, y en 1837 da conferencias públicas acerca de varios asuntos de literatura alemana y de historia general y literaria. Sus discursos acerca de las *Revoluciones de la Europa moderna* le llevan á explanar la materia de su famosa teoría acerca del *Culto de los heroes*, que da ocasión á conferencias famosas. En 1843 salió á luz la citada obra *Pasado y presente* en 1845 el célebre trabajo histórico titulado *Cartas y discursos de Oliverio Cronwell (Oliver Cronwell's letters and speeches)* que en opinión de Taine es la obra magistral de Carlyle; juicio que no es extraño en un historiador de vo-

cación, que tanto valor da al estudio exacto de la realidad del pasado, cuando los *pormenores*, bien estudiados, los aprovecha el gran talento de un pensador y un artista. Por último, y dejando aparte ciertos opúsculos menores, se debe recordar que en 1851 se publicó la *Vida de Sterling*, y de 1858 á 1865 la importante historia de *Federico el Grande*.

Observa el citado Valbert (Cherbuliez), con cierta íntima complacencia tal vez, que aunque Tomás Carlyle siguió publicando su pensamiento, en su vejez no se le oía más que con respeto, pero sin seguirle, sin hacerle gran caso: las corrientes iban por caminos muy diferentes del que él señalaba: además, añade el crítico frances, en rigor, Carlyle no hacía más que repetirse. No cabe negar que la obra importante, capital, del gran idealista escocés, no es de estos últimos tiempos; aunque vivió hasta 1881, su influencia directa no llegó tan acá, pero en cambio la eficacia de su doctrina, de su elocuencia, vive, como ya dijo Menéndez y Pelayo, en la propaganda estética de Ruskin, en la influencia de los pintores prerafaelistas y en la poesía análoga, y acaso en cierta tendencia nueva de la psicología; y, sobre todo, vive Carlyle y vivirá en el corazón de cuantos lleguen á conocer sus obras y vean cómo se conforman con los más íntimos anhelos y las intuiciones más poderosas de las novísimas tendencias. Yo creo que así como Steadhal, cumpliéndose una profecía suya *resucitó* muchos años después de muerto, y fue mejor y más leído y admirado en 1880 que en su época, y así como Schopenhauer, también según sus vaticinios, fue mas estudiado, comentado y seguido que al dar á luz su sistema, muchos años después, del propio modo Carlyle, fuera de su país principalmente, influirá en

adelante, porque hay mucho en sus ideas respecto del misterio y su religión y ciencia; en sus ideas respecto de la santidad de lo real, del valor de la imaginación, del sentimiento, de lo inefable de las impresiones, de la inanimidad de las fórmulas científicas y políticas, y respecto de otras muchas cosas que concuerdan con pruritos modernísimos, muy legítimos y oportunos.

LEOPOLDO ALAS.

Fenómenos concomitantes de los eclipses solares

11º

Apéndices luminosos.

Se da el nombre de apéndices luminosos á esos largos penachos rectilíneos que se desprenden de la aureola, parecidos á los rayos de luz que salen entre las nubes cuando el sol está cerca del horizonte.

No ha se ha podido determinar con exactitud las dimensiones de los apéndices, pues estos se prolongan á menudo á distancias considerables.

Las descripciones de los apéndices no son iguales para eclipses diferentes, ni aun para un mismo eclipse visto de lugares diversos.

Las observaciones antiguas se limitan á indicar la existencia de rayos divergentes, pero sus evaluaciones son sumamente malas.

En 1842, las descripciones fueron muy detallada, pero bastante defectuosas. En Turin y París, Airy y Bailly no hacen mención de este fenómeno. En

Milán, Pizcozzi y Magrini vieron dos haces de rayos. En la Francia Occidental, se señalaron igualmente dos haces opuestos. Arago vió cerca del punto culminante de la Luna una extensa mancha luminosa formada por rayos entrecruzados, que comparó á una madeja de hilo enredada. Peytal los comparó á un paquete de cáñamo. Otros observadores notaron que la prolongación de estos rayos nunca pasa por el centro del Sol, ni por el de la Luna, y que varios eran encorvados. En Tolón se vieron tres haces; los dos principales estaban sobre la línea de entrada y de salida de la Luna. Petit vió igualmente tres, lo mismo que Struve, que les asignó una longitud de 1º,5.

Según lo hace observar el P. Secchi, las relaciones anteriores son confusas y contradictorias, pues no se puede conocer de una manera precisa si se trata de franjas de la aureola ó de verdaderos penachos. Igual incertidumbre encuentra el P. Secchi para el eclipse de 1851 y los siguientes. Dice el mismo sabio que durante el eclipse de 1860 observó el fenómeno en cuestión pero muy rápidamente, hacia el medio del eclipse. Los penachos le parecieron tranquilos como los rayos que se ven entre las nubes al acostarse el Sol. M. Cepeda, que observaba junto al P. Secchi, vió un rayo ramificado como cuernos de ciervo. M. Fielitzch, en Castellon de la Plana, no lejos del *Desierto de Las Palmas*, vió dos rayos luminosos, que

comparó á los brazos de una lira. M. Struve, en Pobes, vió cinco rayos muy marcados: uno de ellos estaba encorvado en forma de gancho. El 29 de Agosto de 1867, M. Grosch vió dos grandes aglomeraciones de rayos en dirección del ecuador solar.

En 1868, se vió en las Indias grandes irregularidades en la corona. En la figura hecha por el Capitán Bullock, quien condujo á Mantawalok á los profesores del Colegio de Manila, se observa un rayo transversal que apareció solamente dos minutos después de la totalidad y persistió hasta el fin. Su dirección era oblicua con relación á los otros rayos que aparecieron desde el principio.

Nunca se ha logrado fotografiar los apéndices luminosos; y para suplir esta impotencia de la fotografía los profesores de Manila han inventado el procedimiento siguiente. Preparan de antemano varias hojas sobre las cuales están bosquejados el eclipse y la aureola; luego se introducen dichas hojas en una cámara oscura y se pueden trazar en muy poco tiempo con exactitud las figuras correspondientes á las diferentes fases.

Oigamos al P. Secchi respecto de la causa de estos apéndices.

“¿Cuál es su causa? ¿Es preciso buscarla en el Sol, en la Luna, ó en nuestra atmósfera? Después de un largo examen nos hemos convencido que su causa primera está en el Sol, pero sus apariencias pueden ser notablemente modificadas por

la presencia de la Luna y por circunstancias atmosféricas.

“A fin de hacernos comprender más fácilmente recordaremos una experiencia muy fácil de repetir, y que hemos hecho con ocasión del eclipse de España. Se hace en el postigo de una cámara oscura un agujero groseramente redondeado, cuyos bordes tengan recortes; se cierra imperfectamente por medio de un tapón y se hace pasar á través de los intersticios un haz de rayos solares. Mirando de lado, se verá una serie de rayos paralelos; pero si se coloca el ojo en dirección del eje del haz luminoso, se observará una corona de rayos divergentes extendiéndose á gran distancia de los agujeros. La experiencia resultará igualmente, si se cierra un agujero perfectamente redondo con un tapón dentado en su contorno. Esta apariencia es un simple efecto de perspectiva análogo al que producen los rayos que se observan entre las nubes cerca del Sol poniente. Esta experiencia nos muestra además que una dentadura muy pequeña puede dar origen á un rayo de una longitud muy grande; longitud que será aun mayor si el aire está saturado de polvo ó de humo de incienso.

“Apliquemos estos resultados á los fenómenos que se producen durante los eclipses. El Sol puede dar nacimiento á rayos semejantes sea por sus protuberancias, sea por las partes más brillantes de la corona, que obrarán al rededor de la Luna

como las dentaduras del agujero obran al rededor del tapón; pero se estará en un error completo si se juzga de las dimensiones de la masa luminosa que produce este fenómeno por la extensión del rayo que se observa. Esta extensión depende en gran parte del poder reflector de la atmósfera y sobre todo de la posición del observador. Una masa luminosa, sobresaliendo de la Luna en algunos segundos solamente, puede, según el brillo que posee, iluminar la atmósfera terrestre hasta una profundidad considerable, y esta *profundidad* se traducirá por una *longitud* proporcional al rayo visible. La Luna misma, con su perfil denteado, contribuirá á la verificación del fenómeno dejando pasar haces luminosos más ó menos anchos, más ó menos netamente terminados. La forma de los rayos dependerá sobre todo de la posición del observador; los efectos de la paralaje tendrán una influencia muy considerable, y, á algunos kilómetros de distancia, se podrá ver la corona y sus rayos bajo aspectos muy diferentes.

“En fin la atmósfera terrestre no es siempre suceptible de ser igualmente iluminada en todos sus puntos, porque en ciertos lugares, es más trasparente; en otros está más cargada de vapores: de esto resultan líneas caprichosas, que producen un efecto análogo al de los rayos luminosos que atraviesan una cámara obscura, cuando se levanta polvo en su pasaje. El análisis es-

pectral nos enseña que si el aire atmosférico es poco trasparente, se observan los rayos propios de las protuberancias á gran distancia del Sol, y hasta sobre el disco de la Luna. Nada es más fácil de comprender: la sóla luz que llega en esta dirección hasta el observador viene necesariamente de la corona y de las protuberancias; pero es reflejada y difundida por la atmósfera, y el espectroscopio debe revelar su presencia en todos los puntos próximos.

“Tales son las ideas generales que nos proponemos para explicar el fenómeno de los apéndices luminosos, y nos parece que si se quiere controlarlas con los datos de las observaciones, se verá que son exactas y aplicables al asunto que nos ocupa.

“Si examinamos los dibujos dados por diferentes observadores, encontraremos que todos dan amenudo á los rayos la dirección de las principales protuberancias, sobre todo en la región del ecuador y la de las manchas. El P. Cappelletti ha hecho esta observación, y está muy de acuerdo con los dibujos de Moesta en 1853, de Gillis en 1855, y con los nuestros aunque no pretendemos una gran exactitud. Esta coincidencia es perfecta en los dibujos de Bullock.

Veamos á continuación como explica el P. Secchi la forma curva que poseen ciertos rayos.

“Algún son muy cortos y no se extienden más allá de los límites de la aureola: ninguno duda que estos no pertenecen

realmente al Sol. Para los más largos se puede atribuir una gran parte á nuestra atmósfera, admitiendo como lo hemos dicho ya, que estas curvas dependen de la manera como está distribuido el vapor de agua en el aire. Esta explicación, que hemos propuesto en otro tiempo, no deja de ser plausible; pero es necesario reconocer que no explica todos los casos.

Nos hemos convencido de esto reflexionando sobre un fenómeno cuya observación es debida á M. Tacchini. Este joven astrónomo viajaba en el Mediterráneo, á bordo de un vapor, y observó la puesta del Sol, el 8 de Agosto en 1865. Vió que el disco solar estaba como coronado por dos penachos luminosos, semejantes á dos bucles de cabellos, opuestos uno al otro. La altura sobre el disco era á lo más igual á los $\frac{1}{6}$ del disco mismo. En fin estos apéndices seguían bastante bien el movimiento del Sol, y se hundieron, como él, bajo el horizonte.

“M. Tacchini nos dió aviso del fenómeno, é inmediatamente compulsamos el registro de las observaciones de las manchas solares. Encontramos que el propio día debía haber sobre el borde del disco una mancha acompañada de una gran fácula, teniendo así la misma forma descrita por M. Tacchini; la habíamos observado la víspera á alguna distancia del borde, y debía llegar allí el 8 de agosto en la tarde. No hemos vacilado en admitir que el a-

péndice observado en dicho día podría ser producido por una de esas masas luminosas que acompañan á las fáculas y se vuelven visibles en los eclipses.

“Nuevas observaciones han confirmado esta idea. M. Grosch, en Chile, durante el eclipse total del 29 de agosto de 1867, observó un haz de rayos encorvados, en todo semejante al que ha sido dibujado por M. Tacchini. Por último un viajero nos ha asegurado que, hacia el fin de febrero de 1869, vió, en Poestum, levantarse el Sol con un penacho luminoso semejante á los que presenta durante te los eclipses. Nos apresuramos á decir que estas explicaciones no reposan únicamente en algunos hechos aislados que podrían ponerse en duda. Sabemos al presente que se producen en el Sol violentas erupciones: la materia que lo compone es lanzada á alturas considerables, con velocidades que se evalúan en más de 200 kilómetros por segundo. Si estos movimientos tuvieran lugar en el vacío absoluto, las masas proyectadas con tan gran velocidad alcanzarían alturas incomparablemente más grandes que la longitud de los apéndices luminosos. La resistencia de la atmósfera que rodea al Sol, debe contener muy pronto estos movimientos; pero debe permitir sin embargo á la materia luminosa elevarse bastante arriba para que podamos explicar así la producción de los penachos. Con el espectroscopio se han podido observar protuberancias

cuya altura alcanzaba á siete ú ocho minutos, y sin embargo las observaciones espectrales no hacen ver más que las partes más brillantes.

“Los rayos oblicuos serán producidos por haces luminosos lanzados en su dirección. Se ha objetado que es imposible admitir que la longitud real de los haces sobrepase $\frac{1}{4}$ del radio solar. La razón sería que varios cometas han pasado tan cerca del Sol, que en el momento de sus perihelios, habrían debido encontrar estos rayos; que si tienen tan gran extensión, el movimiento de estos astros habría debido experimentar, en este medio necesariamente resistente, una disminución que no ha sido comprobada.

“Es bastante fácil contestar á esta objeción. Algunos cometas han debido atravesar no solamente los rayos, sino la corona misma. Pasando así á través de la atmósfera solar, han podido volatilizarse en parte y escapar en seguida, en el estado de vapor, como hacen los bólidos y estrellas fugaces en la atmósfera terrestre. Para demostrar que las cosas no han podido pasar así, es necesario conocer la parte de la órbita que precede al perihelio, y en los casos de que se trata nos es imposible conocerla de una manera suficiente.

“Entre los cometas que han debido penetrar en la capa en que se produce la aureola, se debe citar ante todo el más célebre, el de 1843, que pasó á una distancia del Sol igual á $\frac{1}{4}$

de su radio. Debió producir indispensablemente una agitación en la atmósfera solar. Nos acordamos perfectamente de la primera observación que hicimos en Loretto, la tarde misma en que fue visible por la primera vez. Una circunstancia muy extraordinaria acompañó la aparición de este cometa; la luz zodiacal era muy viva y ligeramente teñida de rojo: así hubo alguna dificultad en distinguir la que pertenecía á cada uno de estos fenómenos; el cometa parecía que formaba parte de la luz zodiacal y se destacaba como una simple ramificación. Las mismas apariencias fueron señaladas en Niza por un astrónomo muy distinguido, M. Cooper. Si se observan pues en ciertos eclipses rayos de forma extraordinaria, es posible que sean producidos por alguna explosión violenta, ó bien por el paso de un cuerpo extraño á través de la atmósfera solar.

“No queremos decir sin embargo que nuestra atmósfera no juegue ningún papel en la realización de estas apariencias; su acción es, al contrario, incontestable en la mayor parte de los casos, y es suficiente muy amenudo para explicarlo todo”.

(Continuará).

ALBERTO SÁNCHEZ.

EL CONCEPTISMO.

II

Después del admirable desarrollo que se había obtenido en

la producción literaria, continuó el esfuerzo inteligente de varios escritores. Las costumbres, las ideas y los buenos modelos contribuyeron á que se conservara la gloriosa tradición del buen gusto y dieron lugar á que se fijara el carácter objetivo de muchos trabajos, evitando así un decaimiento, que habría dificultado el progreso de la lengua.

Los estudios literarios son los que reflejan con más facilidad el modo de ser de cada pueblo, los que resumen los ideales de las generaciones y manifiestan al historiador el grado de adelanto que se ha obtenido; y es que en esa clase de trabajos entran en mayor cantidad y juegan un papel muy importante los sentimientos más nobles y las aspiraciones más generosas. Tiene una influencia muy conocida esta clase de trabajos, no solo en el momento histórico en que se llevan á cabo, sino también en las épocas posteriores.

Sin entrar á la consideración de la parte docente, se obtiene una gran ventaja en lo que se refiere al mejoramiento del gusto y á la más fácil adquisición de la verdad. Las nuevas enseñanzas que se popularizan y la expresión del estado social, se combinan armónicamente y conducen directamente al fin que se desea, y por el cual se lucha con tanto afán.

Hay una escuela que sostiene que la época actual es esencialmente prosaica, y que las tendencias dominantes van por

el camino de abandonar las obras de la imaginación, para rendir homenaje al cálculo frío. Nada más falso que ese concepto. Por un fenómeno de fácil explicación cada vez que se manifiestan esas tendencias; existen otras que con todo entusiasmo se oponen á esas corrientes y tratan de volver por los fueros de las obras bellas, para que la humanidad no olvide cuánto debe á la influencia artística.

El artista se dirige á las personas cuyos conocimientos le garantizan que sabrán apreciar sus esfuerzos, sea que aquellos residan en el lugar donde escribe ó que habiten en otros países; y de aquí viene el fin general que llevan en mira sus trabajos. También toma en consideración á los que habrán de sustituirle en la esfera de los conocimientos: y esto es así comprobado con la realización de los fines. Las obras de Plauto valieron mucho en su tiempo, y hoy prestan una importante ayuda á los estudios históricos.

No es desconocida la influencia de las comedias de Terencio, y allá en aquellos remotos tiempos se encuentran los orígenes de muchas escuelas modernas, y lo que entonces pareció extravagante, quizá contrario á los procedimientos admitidos, hoy es objeto del aplauso de la generalidad.

La agradable sencillez de Sófocles, su incomparable arte para dar vida á los personajes de sus obras, están rivalizando con

los trabajos, no solo de sus contemporáneos, sino también de muchos otros autores que figuraron después.

A veces se presenta el caso de que las ideas sostenidas con entusiasmo por distinguidos escritores no se comprenden lo suficiente, de manera que los imitadores de sus tendencias perjudican una escuela, antes que hacerla ganar en merecimientos.

En el período á que se refieren estas líneas, el hermoso lenguaje poético del divino Herrera fue de tal modo desnaturalizado, al extremo que aquello que se había tenido como gala del parnaso español, fue escarnecido por las burlas á que dieron motivo las exageraciones de muchos literatos.

Cansados ya de los viejos moldes, trataron muchos ingenios de iniciar una reforma provechosa al desenvolvimiento de varios principios, que habían sido del todo descuidados. Tan útil propósito dió origen á varias escuelas, que disputaron sobre los procedimientos para la mejor expresión de la belleza é hicieron modificaciones que facilitaron el objeto que tenían en mira.

La escuela italiana introdujo el verso suelto y lo que es más, despertó la afición á nuevos modelos, logrando que la inspiración olvidara las exageradas reglas de los viejos preceptistas y diera vida á las obras, en que el sentimiento del autor se manifiesta en toda su grandeza. Natural era que la tendencia de

reformular encontrara una oposición muy fuerte, que si al principio se mostró irreducible, poco á poco fue cediendo y trascurrido algún tiempo se llegó á un justo acuerdo, necesario para el adelanto en toda suerte de órdenes.

Los sostenedores de la escuela salmantina lucharon con bastante éxito; pero no pudieron evitar que varias reformas muy provechosas se aceptaran con beneplácito de la generalidad.

Mientras se iba contra las novedades, el mal gusto encontró á su vez demasiada facilidad para extenderse, debido á las exageraciones de las escuelas conservadoras y al estado social y político, que es factor importante del desarrollo literario.

El conceptismo y el culteranismo vinieron á perjudicar el brillo de las letras, y durante mucho tiempo ejercieron una influencia poderosa. Sucede generalmente que la oposición tenaz á varias innovaciones reclamadas por el espíritu de cada época, hace nacer ciertos caprichos difíciles de ser abandonados. Ciertamente es que también hubo bastante razón para volver por los fueros del idioma; pero no habiéndose llegado al término debido, el lenguaje fue hinchado y las ideas pasaron de lo extravagante y ridículo á lo absurdo.

Por atacar á los partidarios del conceptismo se trató de arrebatár sus lauros y negarles existencia propia á las obras poéticas, es decir, que nació la

escuela llamada prosaísta, sostenida por insignes escritores, que tomaron empeño en quitar merecimientos al lenguaje poético.

Los giros más extraños, los conceptos más alambicados y las más ridículas ideas, hicieron la delicia de los que en su afán de importar novedades no fijaron su atención en el mal que producían.

El conceptismo fue el primer paso que se dio en la senda del mal gusto, y aunque no descendió hasta las oscuridades del gongorismo, no por eso dejó de causar un mal incalculable á la bella literatura. Los errores de aquel sistema trajeron los muchos defectos del otro, que vino como á coronar el edificio, desgraciadamente levantado por ingenios de primer orden.

La corrupción del lenguaje fue desmedida, y contribuyó mucho á esta ingrata labor el poderoso talento y la admirable fecundidad de Góngora, quien en su deseo de señalar nuevos caminos á las actividades no se fijó en los medios de que usaba, y si alcanzó una popularidad momentánea, fue en detrimento de las letras nacionales.

La literatura no se ha de apartar del movimiento, que es ley de todo lo creado; pero debe participar de él conforme á las reglas del desarrollo gradual. Cuando se quiere de momento romper con lo generalmente aceptado, solo se alcanza á destruir, pero no á fundar.

El afán de las innovaciones

prematuras, ya se trate de la parte sustancial ó simplemente de las cuestiones de forma, es manifestación de un período de decadencia. Por fortuna siempre hay un escogido grupo de escritores que toman sobre sí el laudable empeño de conciliar el espíritu refractario á todo progreso, con el inmoderado deseo de destruir lo existente, y de ese trabajo merísimo resulta el adelanto literario de los países.

VICTOR JEREZ.

NOTICIAS CURIOSAS

CRONOLÓGICAS DE ESTAS INDIAS.

Año de 72.—En 12 de julio sucedió una gran tragedia en la Recolectión. Fue el caso que por disenciones que hubo con ciertos padres chapetones de Barcada, fue necesario que el General encomendara visita á Fr. N. Hernández, persona de gran juicio y sagacidad. Recusáronlo algunos chapetones, y mirando la terquedad y que la discordia no cesaría mientras no se apartase principalmente á dos que hacían cabeza, determinó el Definitorio pleno, enviar á estos aos á España. Pero previendo los Padres la resistencia que pudieran hacer con la experiencia que habían dado, determinó el Definitorio que se ejecutara con auxilio que se pidió á la Real Audiencia. No se excusaron del escándalo; porque aunque el uno que estaba en San Francisco por lla-

mado del Señor Presidente, de quien fue insinuada la orden del Definitorio, lo sacaron fuera de la ciudad; el otro que estaba en el Colegio, por más que esperaron la noche para excusar el escándalo, él con todos sus confederados hicieron resistencia con armas y palos, que resistieron los dragones y oficiales, aguantando con más cristiandad y piedad que habían menester. Casi no bastaba la presencia del Señor Presidente y Oidores; porque como apagaron todos las velas, todos eran palos de ciego. Por último, á la madrugada, se amainaron, sacando el Señor Presidente unos cuantos que depositó en otros conventos. Fue mucho el alboroto de Guatemala, y estuvo muy arriesgada una sublevación: porque el vulgo no entendía lo que se hacía y ya juzgaba que era violencia injusta de la justicia real. El Señor Arzobispo mandó reconciliar la Iglesia y después formó competencia sobre haberle violado la inmunidad contra la orden de sus preladados; habilitó á los que tenía depositados para que pudiesen decir misa y confesar.

Año de 1773.—En este año vino revuelto parte de los negocios de los PP. Recoletos por el R. P. General aprobando lo operado por el Comisario Visitador y Discietono y disponiendo presida el Capítulo en primer lugar el P. Zacarías, que era el principal contra quien tiraban los alborotados, aunque ya pocos días antes había muer-

to; y en segundo y tercero los PP. Cavanías y Martínez de la misma facción. Al mismo tiempo vinieron privados de voz activa y pasiva todos aquellos que estaban y están detenidos en otros conventos, para determinar de ellos hasta la determinación del Consejo en donde quedaba pendiente el negocio.

En este mismo año, el día de Corpus, diez de julio, hubo un gran aguacero, de las doce á las dos de la tarde, que si más dura, hubiera inundado; y la madrugada siguiente, día 11, entre cuatro y cinco de la mañana, hubo un gran temblor, y en el mismo día, cerca de las cinco de la tarde, se repitió otro formidable, que hizo muchos destrozos en las casas y templos, y después de este, continuó temblando á cada rato con desigualdad, ya grandes, ya pequeños, con retumbos que venían al parecer del volcán de Fuego, hasta el día 30 de dicho mes. Todas estas turbaciones oscurecieron mucho el aplauso con que se recibió el día 12 de junio al señor Presidente don Martín de Mayorga, que vino á gobernar por muerte del Señor Salazar.

¡Oh, si sólo en esto hubiera parado la tragedia! Pero aun-que hubo algunos días de calma de temblores, sin embargo continuaron á pocos días, hasta que el 29 de julio sucedió la mayor fatalidad que jamás se ha experimentado en Guatemala. Fue el caso que á las 3 y 3 cuartos de la tarde, vino por anuncio, para prevenirnos la Di-

vina Misericordia. un gran temblor, que hizo salir corriendo á los menos temerosos, y á los siete y medio minutos, vino el mayor terremoto, que semejante no se ha sentido en los siglos pasados. Su duración no llegó á un minuto; en el que hizo el destrozo que se dirá; porque aunque se continuaron tanto los temblores que parecían un continuo temblor; pero sin embargo, había sus interrupciones, que aunque al principio muy cortas, pero después se fueron extendiendo más; y así se mantuvo, temblando hasta el día 12 de setiembre, en que á la madrugada, hubo tres grandes, sin contar otros pequeños que fueron muchos. Hoy somos 15, y esperamos en Dios que hayan sido los últimos. El terremoto del 29 que fue el del estrago y total ruina de Guatemala, duró como dije, menos de un minuto, fue su movimiento horizontal, que oscilaba como en el espacio de media vara; pero la violencia sería como de diez oscilaciones en cada medio segundo, con lo que vino á componer un cernimiento tan violento, que demolió todos los edificios y templos, postrándolos en el suelo; y aunque pocos quedaron parados, quedaron inservibles, y singulares los que son remediables. Los muertos fueron como ciento; y aunque se aprendieron muchos más, pero no es constante. Por la mayor parte de los que quedaron vivos, cada uno cuenta su milagro en su libertad y el mayor que no se

puede atribuir á contingencia, es el cúmulo de tantos.

Dije que el movimiento fue horizontal, porque aunque hubo alguno pulsativo, se cree fue causado del impulso de los mismos edificios que caían.

Había Guatemala llegado á su mayor auge en edificios y templos de la más perfecta arquitectura, y con el arte y riqueza de grande esplendor y por su adorno, que si en los templos competía con todos los del mundo, hasta las casas ya querían competir con los templos. Vanidad que quizá erigió á la Divina Justicia. En un instante quedó todo deshecho; los templos con sus costosos adornos, las casas con sus ajuares; en el día se vieron todos en las calles y en las plazuelas, sin más que lo que tenían encima. Religiosos y monjas, clérigos y seculares, ricos y pobres, todos iguales, los bienes todos comunes, ya por el abandono que de ellos hicieron sus dueños, ó ya por la insolencia del pueblo, que aunque se publicó bando con pena de la vida para los ladrones que robaren arriba de diez pesos y para los que menos, otras gravísimas penas; pero nada se ejecutó, aunque se cogieron á muchos; con lo que se insolentaron más, y mucho más con el ningún celo de la justicia. Es tanta la miseria humana, que en la misma noche, que todos fuera de sí, sólo lloraban pidiendo misericordia; hubo muchos bárbaros que de bajo de las ruinas que se venían encima, se ocupaban en

robar, desarrajando armarios y cofres. El Santísimo Sacramento, que pudieron sacar de varios depósitos por las calles y plazas sin la decencia necesaria. Todos intentaban salir de la ciudad y unos lo hicieron prontamente, y estos los demás que después no salieron, pasaron mayores trabajos con el hambre y pérdida de los bienes que llevaron y los que dejaron abandonados. El robo de los bienes fue general en todas las casas, mayormente en las abandonadas. Algunos murieron cogiéndoles las paredes al mismo tiempo que robaban. El robo fue tan insolente, que se puede decir con verdad que no hubo individuo alguno á quien no le hurtaran. Todo lo causó la malicia humana, la ocasión y la falta de justicia; porque aunque se publicó el referido bando con pena de la vida al que robase arriba de diez pesos y otros graves castigos á los de los robos pequeños, con haberse cogido algunos de los ladrones de robos graves, salieron libres sólo con 25 azotes, se despreció la justicia, el bando y el temor de Dios, y fue para mayor insolencia, y con la ausencia del Presidente, quien compelió á todos los tribunales para que le siguiesen, hasta los mismos guardas que dejaron para custodia de los monasterios, se volvían ladrones de ellos. Fui testigo de vista en los robos de bienes, clavazón, cerraduras y otras cosas y aunque pudieran haber servido de guardar las maderas e-

llos los equivocaban, teniendo de día y de noche unas grandes hogueras de corpulentas y selectas maderas y aun las vendían por fruta á las indias. En fin, en estos diez meses que han corrido, ni dentro de la ciudad, ni en los pueblos circunvecinos se ha gastado otra leña que maderas de los edificios caídos de la ciudad y aun de los que descargaban sus dueños ó los ladrones.

Se dividieron en dos partidos, uno del Prèsideute y sus apasionados ó aduladores, que pretendían mudar la ciudad al Valle de la Hermita, donde había hecho su asiento con la Real Audiencia y otros Tribunales, desde el día siete de setiembre, en cuyo día se experimentó el terror, aunque no causó cosa notable. Y otro fue el partido del público, que con mantenerse y volverse otros, esternaban de echo su dictamen; á quién acompañaba el Señor Arzobispo, su cabildo, regidores, y monasterios de monjas. Por una y otra parte se ha informado á la Cortè y se espera la revolución, la que hasta hoy cuatro de junio de 74, no ha venido cosa alguna, sino sólo la aprobación de las primeras providencias que se dieron.

Los temblores hasta dicho día 4 de enero de 74 no han cesado; porque aunque había como 12 días que no temblaba y por esto esperamos en Dios sean los últimos; pero en lo antecedente no se ha verificado semana en que no haya tem-

blado, aunque no han sido mayores, y sólo si lo habían sido los que se experimentaron el día 13 de diciembre de 73 al medio día, que fueron dos, con la mediación como de 5 minutos y otro á las tres de la mañana del día siguiente 14; y todos tres fueron tan grandes y de la misma calidad que el principal del día 29 de julio. Hicieron mucho estrago, echando abajo los torreones que estaban y habían quedado desquiciados y lesionados de nuevo las paredes que habían quedado libres de la furia de los primeros.

Las causas de estos temblores que discurrían los habitantes eran tan varias y aun más que las que discurren los sabios que hablan sobre esta materia; pero son tantas las contrariedades que experimentaron para cada proyecto, que es una gran confusión con que nos humilla la Divina Providencia

Hacen causa á los volcanes y esta es la más corriente, que con sus materias sulfúricas que tienen en sus entrañas, dispuestas ó disueltas estas, causan estos estragos; pero lo primero se experimentó, que no fue la desgracia sólo en sus vecindades, sino que cogió y se extendió su movimiento á más de cien leguas de diámetro, llegó hasta el pueblo de Mita, que es por la parte del Oriente, y por el Poniente hasta Ciudad Real; conque para tanta extensión debemos considerar el centro donde está la causa en tanta profundidad, que sea de cin-

uenta leguas distante de la circunferencia de la tierra, distancia á que no se puede considerar lleguen las materias que desahoga el volcán; y á más cuando en sus mayores vecindades no fueron los temblores tan grandes, como en otras partes, pues en Dueñas y sus contornos, que están al pié del volcán, fueron menores que en Guatemala, y aquí fueron menores que en Comalapa, que dista como catorce leguas del volcán.

Es cosa prodigiosa ver los efectos de los temblores tan varios como son. En la Chácara se sentían más que en otra parte de la ciudad, y algunos pequeños que se sentían, en la ciudad no se sentían. El terremoto principal hizo en Santo Domingo y en todo el barrio de la Candelaria un estrago formidable: porque las iglesias y las casas quedaron totalmente en el suelo, hasta las paredes y portadas, y así mismo las casas. En el barrio de San Francisco y Tortuguero quedaron todas las casas paradas y aunque pocas buenas, pero las más, lesionadas. La Catedral se vino abajo todo lo de arriba; y las paredes quedaron muy rajadas. El Seminario y Universidad que estaban inmediatas, quedaron buenas; pero con los temblores del día 13 de diciembre, ya fue general la ruina en el Tortuguero y en todo lo demás; pero siempre la Universidad y el Seminario, y algunas pocas casas quedaron buenas.

A fines del año 74 vino re-

suelta de la Corte, la traslación de la ciudad al lugar que eligiera el Presidente, con acuerdo de los Oidores, pero con la condición que lo había de aprobar el señor Vi-Rey de Méjico, y que mientras esto no sucediera, no se hicieran obras formales en ningún lugar, ni se pusiera mano sinó en aquello que pareciera indispensable; asignando S. Magestad todo el ramo de alcabalas, por el término de diez años, para que se gastara la cuarta parte en las obras públicas y las otras tres partes á beneficio de los pobres vasallos, cuya distribución se había de hacer por una junta que se compusiera del Señor Presidente, Decano de la Audiencia y Fiscal, del Señor Arzobispo y Dean, los dos Alcaldes y Procurador Síndico.

[Continuará]

DE OMNI RE SCIBILI.

ACADEMIA DE CIENCIAS Y BELLAS LETRAS DE SAN SALVADOR.

—Este importante centro que tanto honra al país, ha reorganizado sus trabajos.

En la última sesión fueron nombrados Redactores del Repertorio los señores don Vicente Acosta, doctor don Manuel Delgado y don Román Mayorga Rivas.

El entusiasmo y la ilustración de los nombrados hacen esperar la pronta reaparición del ilustrado colega.

La Academia recibe un efí-

caz impulso de su digno Presidente don Calixto Velado.

* *

CORRESPONDEMOS al saludo de "La Escuela Normal," interesante publicación que sirve de órgano al Instituto Nacional del mismo nombre.

La redacción de dicha Revista está á cargo del distinguido institutor don Francisco A. Gamboa, cuya competencia y laboriosidad son generalmete reconocidas.

* *

"La Universidad" lamenta el fallecimiento de los señores doctores don Manuel Esteves y don Carlos Peña, pertenecientes al Cuerpo Académico de este Instituto, y envía á las familias dolientes el más sentido pésame.

* *

NUESTRO ilustrado colaborador doctor don Alberto Sánchez ha recibido la comunicación siguiente:

Sociedad Astronómica de Francia.—París 24 de mayo de 1895.

Sr. Dr. Dn. Alberto Sánchez.
Señor:

Me he dado el placer de presentaros como miembro perpétuo de la Sociedad Astronómica de Francia y Mr. Tisserand, Director del Observatorio de París, se me ha unido gustoso para serviros de padrino.

Recibiréis, al mismo tiempo

que esta carta los Boletines de la Sociedad.

Haciendo votos por la prosperidad del Observatorio de San Salvador, os suplico aceptéis, querido señor, la expresión de mis sentimientos de simpatía y adhesión.

Flammarión

Felicítamos al señor doctor Sánchez, por tan honroso nombramiento.

ANIMALES SUICIDAS.—Creíase invención de poetas el hecho de que los escorpiones en determinadas circunstancias se dicen la muerte por medio de la cola.

La fábula ha resultado cierta según el testimonio de eminentes naturalistas.

Hablando del escorpión negro refiere el Dr. G. Bidie el siguiente caso que en Madrás tuvo ocasión de observar por sí mismo:

“Una mañana un criado me trajo un ejemplar grande de este escorpión que, habiéndose extendido demasiado en sus correrías nocturnas, por todas las apariencias hubo de extraviarse, sorprendiéndole el día sin que pudiese volver á su morada.

Para guardar al bicho con seguridad lo encerré en una caja de insectos con tapa de vidrio.

Teniendo á mi disposición unos cuantos minutos en el trascurso de la mañana, me acordé de mi prisionero, y para observarle mejor, coloqué la caja en una ventana donde batían los rayos calientes del sol.

La luz y el calor parecieron irritarle mucho, y esto trajo á

mi memoria una historia que había leído en alguna parte, de un escorpión que, rodeado por el fuego, se había suicidado.

Vacilé antes de someter á mi animalito á una prueba tan terrible, más tomádo al fin una lente ordinaria de botánico, enfoqué los rayos del sol sobre la espalda del escorpión.

Al momento comenzó á correr apresuradamente al rededor de la caja silbando y escuপিendo con mucha fiereza.

Este experimento fue repetido cuatro ó cinco veces con el mismo resultado, más al ensayarle de nuevo el escorpión revolió su cola y se clavó el aguijón, rápido como un relámpago, en su propia espalda; de la herida manó en seguida un fluido, y un amigo que allí estaba me llamó diciendo: “Mira se ha clavado él mismo el aguijón; está muerto,” y se puede asegurar que en menos de minuto se extinguió su vida.

He escrito esta breve nota para demostrar: primero, que los animales pueden suicidarse; segundo, que el veneno de algunos animales puede ser mortal para los mismos.”

El Dr. Allen Thomson cuenta este otro caso que le fue referido por persona de todo su crédito.

Durante su residencia ya hace muchos años, en los baños de Sullá, en Italia, en una localidad bastante húmeda, mi informante, con el resto de su familia, se veía muy molestado por la frecuente intrusión de pequeños escorpiones negros en

la casa que se ocultaban entre las ropas de la cama, en los zapatos y en otras prendas de vestir.

Era preciso vigilar constantemente para librarse de estos molestos bichos, y adoptar toda clase de medios para evitarlos y destruirlos.

Habiendo oído á los naturales del país que el escorpión se daba la muerte exponiéndose de repente á una luz fuerte, mi informante y sus compañeros procedieron á coger escorpiones y someterlos á las circunstancias que les contaron.

Consistían estas en colocar el animal sobre una carta y cubrirle con un vaso invertido de vidrio, guardarlo en la oscuridad y de repente acercarle la luz de una vela.

Apenas se hacía esto el escorpión mostraba gran excitación dando vueltas por el interior del vaso con vertiginosa rapidez.

Al cabo de un minuto ó poco más quedaba quieto el animal y volviendo su cola desde la parte posterior sobre la espalda llevaba su encorvado aguijón hacia el medio de la cabeza, que taladraba con fuerza, quedando en pocos segundos sin movimiento y enteramente muerto.

Esta operación fue repetida con frecuencia: en realidad se adoptó como el mejor plan para libertarse de estos animales.

Los muchachos tenían la costumbre de coger los escorpiones con impunidad inmediatamente después que habían muerto

y de guardarlos como curiosidades.

En esta narración hay que atender á las siguientes circunstancias:

1ª El efecto de la luz, originando esa exitabilidad que llega á la desesperación, conmina al animal al suicidio.

2ª La rapidez de la operación del veneno, que se introduce probablemente por la picadura de la cabeza en el ganglio cerebral superior

3ª El hecho mismo del suicidio.

Atiéndase á que los fenómenos acabados de describir han sido observados por otras personas y aparecen familiares á los habitantes del distrito en que los animales se encuentran. Una suficiente confirmación de estos hechos puede verse en las narraciones de "G. Bidie" y "M. L." publicadas en la *Naturel*. IX, páginas 29 y 47, y se observará que las circunstancias que obligaron al animal á su propia destrucción en estos ejemplos, son de algún modo semejantes á las referidas por mi informante.

Es pues, de todo punto claro que "la popular creencia referente al suicidio de los escorpiones no constituye una ilusión basada en un imposible."

INFLUENCIA DE LA LUNA sobre los movimientos atmosféricos. — El sabio francés *Poincaré*, comunicó á la Sociedad Meteorológica de Francia, en la sesión del 2 de abril, sus nuevos trabajos relativos á este importante asunto. Se expresó así: "Me he ocupado do nuevo de los

estudios que hice de 1886 á 1889 por medio de las cartas de la Oficina de Señales, acerca de las relaciones entre los movimientos atmosféricos y los de la luna.

"La discusión de las curvas anuales de las presiones medias sobre varios paralelos terrestres, me había hecho ver de una manera clara y constante, los efectos de las diferentes revoluciones de nuestro satélite. Haciendo á un lado la influencia solar, el movimiento barométrico medio sobre una zona terrestre depende sobre todo de la revolución trópica, que obra así sobre las condiciones atmosféricas medias de la atmósfera. Las otras revoluciones ejercen casi todos sus efectos sobre la distribución de las presiones entre los meridianos, los desalojamientos de los lugares de ruptura de la cintura de las calmas y las condiciones atmosféricas regionales.

"Traté de aclarar las reglas de las oscilaciones que corresponden á los de la luna en declinación, así en las presiones barométricas por paralelos como en el límite del campo de los aliseos.

"Para hacer estos efectos más notables he estudiado los desalojamientos en latitud media de las líneas de las máximas barométricas de la zona templada, líneas de que dependen directamente las condiciones atmosféricas medias de la zona.

"Entre tanto pueda estudiar los años extremos de un período de la revolución del nodo, he tomado los dos intervalos anuales más distantes que suministran las cartas existentes, el del 15 de junio de 1878 al 19 de junio de 1879 en el que la amplitud media de la oscilación de la luna es de 53°4, y el del 20 de junio de 1883 al 22 de junio de 1884 en que es de 38°4.

"He calculado las latitudes medias de las líneas de las máximas

barométricas trazadas al Sur de las depresiones de la zona templada. Aunque son considerables las diferencias entre estas latitudes en lunisticio boreal y en lunisticio austral, en el año de 1883-84 fueron inferiores á los $\frac{3}{4}$ de las del 1878-79. La reducción de la oscilación se debe casi exclusivamente á la elevación en latitud en la línea correspondiente á los lunisticios australes, lo que confirma una observación hecha con ocasión de la oscilación de la envoltura de los aliseos.

"Las condiciones atmosféricas medias son poderosas y periódicamente influenciadas por la luna en cada revolución trópica y en cada revolución del nodo."

AVISO.

PROSA Y VERSO

POR JUAN ANTONIO SOLÓRZANO,

volumen de 156 páginas en 2°

Se vende: en San Salvador, en la Oficina de "EL ÍNDICE", en la Librería Moderna y en la Imprenta Nacional; en Santa Tecla, casa de don Francisco B. Álvarez; en Santa Ana casa de don Alberto Martínez Aldana; en Sonsonate, casa de don Carlos A. Imendia, y en Armenia, casa de don Alfonso Espino.

SAN SALVADOR, IMPRENTA NACIONAL